ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

LA HISTORIA DE CARRASCA



TRADUCCIÓN REALIZADA POR DANNQVXI 

Tabla de Contenidos

La Historia de Carrasca | Novela

Gracias especiales a Victoria Holmes

Título original: "Warriors: Hollyleaf's Story"

Traducido por: Dannqvxi

Encuentra más traducciones en su cuenta de Wattpad:

https://www.wattpad.com/user/dannqvxi

Capítulo 1

El trueno se estrelló, más fuerte que cualquier otra cosa que Carrasca hubiera escuchado. Había una ondulación en la parte superior y un extraño sonido de crujido. ¡El cielo está cayendo! Y luego fue todo a su alrededor, más afilado y más duro de lo que Carrasca esperaba, tirándola al suelo y aplastándose los huesos. ¡No puedo respirar! Luchó frenéticamente, sintiendo que sus garras se rasgaban, pero el cielo estaba demasiado pesado, demasiado frío, y dejó que la oscuridad sin fin la barrera.

Carrasca estaba de pie en el borde de un acantilado. Detrás de ella, el hueco bostezó como una boca hambrienta. Las llamas, llenaron el aire de humo y ceniza amarga. Los compañeros de camada de Carrasca, Leonado y Glayo, se agacharon a su lado; podía sentirlos temblando contra su piel. Frente a ellos, Cenizo estaba al final de una rama que los guiaría a través del fuego. Esquiruela estaba a su lado, con una furia ardiendo en sus ojos. Carrasca miró fijamente a su madre, esperando a que sacara a Cenizo del camino.

— Basta, Cenizo —siseó Esquiruela. —Tu pelea es conmigo. Estos gatos jóvenes no han hecho nada para hacerte daño. Haz lo que quieras conmigo, pero déjalos salir del fuego.

Cenizo la miró con sorpresa. — No lo entiendes. Esta es la única manera de hacerte sentir el mismo dolor que me causaste. Me rompiste el corazón cuando elegiste a Zarsoso por encima de mí. Cualquier cosa que te hiciera nunca te haría tanto daño. Pero tus cachorros... Si los ves morir, entonces sabrás el dolor que sentí.

Esquiruela encontró su mirada. — Mátalos, entonces. No me harás daño de esa manera— Ella dio un paso lejos de él, luego miró hacia atrás por encima de su hombro. —Si realmente quieres hacerme daño, tendrás que encontrar una manera mejor que esa. No son mis cachorros.

El suelo se llenó debajo de las patas de Carrasca. ¿Esquiruela no es mi madre? Carrasca no tenía clanes, sin código. Podría ser una proscrita, incluso una casera. No había manera de que Carrasca pudiera dejar que Cenizo contara a los cuatro clanes sobre la confesión de Esquiruela. ¡Ella y sus hermanos serían expulsados! Todo lo que habían hecho hasta ahora, toda su lealtad al código guerrero, no contaría para nada.

El silencio era ensordecedor, presionando más fuertemente las orejas de Carrasca que las piedras que la sujetaban al suelo frío. El polvo le llenó la boca y la nariz, y el dolor le apuñaló una de las piernas. ¡He sido enterrada viva! Carrasca golpeó y golpeó contra el peso de las rocas. Su cabeza se liberó con una lluvia de piedras pequeñas. No había ni una pizca de luz en la desembocadura del túnel. Estaba atrapada en la oscuridad.

— ¡Ayuda! ¡Ayúdame! ¡Estoy atascada!

Se detuvo. ¿A quién llamaba? Ahora no tenía compañeros de clan. Ella había dejado esa vida atrás, al otro lado de las rocas, tan lejos como si fuera la luna. Sus hermanos y Hojarasca Acuatica sabían que había matado a Cenizo. Y ahora Glayo y Leonado probablemente pensaron que había muerto en la caída de rocas. Tal vez sea mejor así. Al menos no vendrán a buscarme.

Carrasca volvió a cerrar los ojos.

Carrasca había seguido a Cenizo hasta la frontera del Clan de Viento. Ella lo había acechado como lo haría con un pedazo de presa, pisando suavemente, garras enfundadas para evitar que se atraparan en zarzas o rascaran la piedra. Cuando llegó a la orilla del arroyo, con la espuma de agua muy abajo, Carrasca saltó sobre él, torció la cabeza hacia un lado, hundió sus dientes en su piel y piel, diciéndose a sí misma una y otra vez: ¡Esta es la única manera! Cenizo cayó a su vientre y Carrasca saltó hacia atrás mientras rodaba en el arroyo. Se lavó la sangre de las patas, dejando que el agua fría enfriara sus piernas, sus flancos, hasta su corazón. ¡Lo hice por mi clan!

Carrasca forzó las imágenes de su mente con un escalofrío. Respirando hondo, retorció las patas delanteras y empujó las piedras que presionaban contra su pecho. Luego se acercó lo más lejos que pudo y comenzó a arrastrarse a sí misma. Ella siseó cuando una de sus patas traseras se movió. Fue tan doloroso que su pierna se sintió como si estuviera rota. Carrasca se imaginó la guarida de medicina bien surtida, con con consuelda para reparar el hueso y las semillas de amapola para ayudarla a dormir a través de la peor de las molestias. Tan lejos como la luna, se recordó a sí misma. Griñando los dientes, arrastró el resto de su cuerpo fuera de las piedras. Su pierna herida rebotó agonizantemente en el suelo.

— ¡Gran Clan Estelar, eso duele!— Carrasca gruñó. Hablar en voz alta parecía ayudar, así que continuó. —He estado aquí abajo por ahora. Sé que hay otras formas de salir. Solo necesito seguir este túnel hasta encontrar una fuente de luz. Vamos, una pata delante de la otra— A pesar de su miedo, a pesar del dolor en la pierna, los recuerdos se siguieron inundando...

— Soy tu madre, Carrasca— había susurrado Hojarasca Acuatica. Carrasca agitó la cabeza. Eso fue imposible. ¿Cómo pudo ser la hija de una curandera, cuando a los curanderos se les prohibió tener crías? Peor que ser un proscrito o una gatita, su propio nacimiento había roto el código de los Clanes.

Carrasca desenvainó sus garras para darle un mejor agarre a la piedra. Para su consternación, varios de ellos ya se habían roto en su lucha por salir, y las puntas de sus almohadillas se sentían húmedas y pegajosas. Olía a sangre e imaginó el sendero que estaba dejando mientras se arrastraba por el túnel. Si Leonado y Glayo cavaran a través de la caída de la roca, sabrían que había sobrevivido y seguirían el camino para encontrarla. De repente, sus patas delanteras se hirtieron en piedra. Ella gritara de dolor y giró de lado para seguir la curva de la pared. Estaba tan oscuro que ni siquiera sabía si tenía los ojos abiertos. Si puedo encontrar algo de luz. Si, si, si...

Glayo había descubierto quién era su padre.— Es Corvino Plumoso.

Carrasca lo miró con incredulidad. —Pero... ¡Corvino Plumoso es del Clan del Viento! ¡Y yo soy una gata del Clan del Trueno, leal por ello.

— Fauces Amarillas vino a mí en un sueño— insistió Glayo. —Ella me dijo que era hora de que supiéramos la verdad.

Para Carrasca, no quedaba nada. ¿Medio clan? Se paró en la boca del túnel y sintió que el olor a piedra suavizaba su piel con volantes. Podría desaparecer aquí abajo y emerger un poco, lejos de los clanes. Podría comenzar una nueva vida, lejos de todas estas mentiras y promesas incumplidas.

Carrasca se giró y corrió hacia el túnel. Oyó a Glayo llamarla, y luego llegó el trueno, y el cielo cayó, y fue tragado por el vertiginoso negro.

Carrasca siguió adelante. Respira, raspa, arrastra. Una y otra vez. Anhelaba detenerse, dormir, esperar a que un guerrero del Clan Estelar viniera a por ella. Pero, ¿sabía el clan estelar que estaba aquí? Su nacimiento había roto el código del guerrero. Ella había matado a otro gato. Y había renunciado a su lugar en el Clan del Trueno. Ningún antepasado la vigilaría. ¿Habían estado viendo cuando Carrasca desató todos los secretos de su clan en la Asamblea?

— ¡Espera!— Carrasca saltó a sus patas.— Hay algo que tengo que decir, todos los clanes deberían escuchar.— Había habido demasiadas mentiras, demasiado daño al código del guerrero, para que ella se callara por más tiempo.

El claro era tan silencioso que Carrasca podía oír un ratón chillando entre las hojas muertas bajo el Gran Roble.— Crees que me conoces— comenzó. —Y mis hermanos; Leonado y Glayo del Clan del Trueno. Crees que nos conoces, ¡pero todo lo que te han dicho sobre nosotros es mentira! No somos los cachorros de Zarsoso y Esquiruela.

— ¿Qué? — Zarsoso movió las patas desde donde se sentó con los otros lugarteniente entre las raíces del Gran Roble. —Esquiruela, ¿por qué está diciendo tantas tonterías?

—Lo siento, Zarsoso, pero es cierto. Yo no soy su madre, y tú no eres su padre.

El lugarteniente del clan la miró fijamente. —¿Entonces quién es?

Esquiruela volvió su triste mirada verde al gato que siempre había reclamado como su hija. — Diles, Carrasca. Guardé el secreto durante temporadas; no lo voy a revelar ahora.

— ¡Cobarde! — Carrasca le mostró un parpadeo. Su mirada barrió alrededor del claro, viendo los ojos de cada gato entrenado sobre ella. —¡No le tengo miedo a la verdad! Hojarasca Acuatica es nuestra madre, y Corvino Plumoso, sí, Corvino Plumoso del Clan del Viento, es nuestro padre.

Maullidos de temblor saludó sus palabras, pero Carrasca gritó sobre ellas. —Estos gatos nos mintió eran durante todas nuestras vidas, les daba vergüenza mostrar la realidad de el código guerrero, es su culpa. — Se azotó la cola para apuntar a Hojarasca Acuatica. —¿Cómo pueden sobrevivir los clanes cuando hay cobardes y mentirosos en el corazón de ellos?

Sus palabras parecían resonar desde las paredes del túnel. Carrasca deseaba poder volver al comienzo de la Reunión, recuperar la terrible verdad que había derramado, ahorrarle a sus compañeros de clan el dolor y la conmoción que había visto en sus caras. ¿Qué he hecho?

La oscuridad constante le dolía los ojos. Había estado buscando una grieta de luz durante tanto tiempo que imaginó que uno había aparecido por delante. La línea más leve de algo más pálido que negro, como el primer toque de amanecer lechoso sobre los árboles. Carrasca parpadeó y agitó la cabeza, tratando de despejar su visión. Pero la raya gris seguía ahí. ¿Tal vez fue ligero? Cojeaba más rápido, ignorando la quemadura en la pierna trasera. La luz se hizo más fuerte. Se filtraba de un hueco en la pared: otro túnel más pequeño que bajaba. Carrasca se arrastró a la vuelta de la esquina. ¿Era su imagen, o podía ver las paredes de una cueva que se abrían por delante? En su emoción, trató de ponerse de pie. Su pierna trasera se abrochó debajo de ella y las estrellas explotaron en su cabeza. Lo último que vio fue el suelo de piedra corriendo para encontrarse con ella.

Capítulo 2

¡Hojarasca Acuática, Hojarasca Acuática!, ¡tengo sed! Carrasca se estaba quemando. Su garganta se sentía sequeada y su lengua estaba pegada al techo de su boca. Debe estar en la sala de medicamentos con fiebre. ¿Dónde estaba el musgo empapado que Hojarasca Acuática siempre dejaba cerca de sus pacientes? Ella torció la cabeza, y su bozal se topó con algo suave, húmedo y de olor verde. Carrasca chupó los zarcillos del musgo, tratando de no estremecerse mientras se tragaba el agua preciosa. Nada había sabido mejor.

De repente se dio cuenta de que no estaba sola. Había un gato agachándose sobre ella, empujando algo debajo de su pierna lesionada. Carrasca siseó de dolor, y el gato se disculpó en voz baja.

—Son solo algunas plumas, para que te sientas más cómoda.

Ella no reconoció la voz o el olor de este gato. — ¿Quién eres? ¿Dónde estoy? — Empezó a agitarse las patas delanteras.— ¡Déjame ir!

Se le colocó un pie pequeño y fresco sobre el hombro, empujándola suavemente hacia abajo. Las hojas de olor fuerte se movieron cerca de su bozal. — Silencio, no pasa nada. Estás a salvo. Cómelos y luego vuelve a dormir.

Carrasca se permitió que la empujaran de nuevo al suelo. Se tragó las hierbas, la consuelda, por el aroma, y dos pequeñas semillas de amapola. Las plumas se sentían suaves y cálidas contra su pierna herida. Con un pequeño suspiro, Carrasca cerró los ojos y el sueño la arrastró una vez más.

Cuando se despertó a continuación, su cabeza se sintió más clara y el dolor en la pierna se había embotado hasta el dolor. Carrasca se quedó quieta por un momento, dejando que sus ojos se ajustaran a la casi oscuridad. Definitivamente, esta no era la guarida de la medicina del Clan del Trueno. Estaba acostada sobre un delgado lecho de plumas sobre una piedra fría. ¡Todavía estoy en los túneles! Carrasca sintió una sacudida de alivio, y luego alarmó. ¿Quién estaba aquí abajo con ella? Carrasca trató de recordar el olor del gato que le había dicho que volviera a dormir, pero su vientre retumbó y de repente todo lo que podía pensar era en lo hambrienta que estaba. ¿Cuándo comió por última vez? Intentó ponerse de pie, pero su pierna trasera se arrugó y se cayó de lado, frustrada.

— ¡Estás despierta! — Una cara se deslizó de las sombras. —¿Cómo está tu pierna?

Carrasca abrió los ojos de par en par hasta que pudo ver manchas de jengibre y blanco en la piel del gato. Olía a piedra, agua y musgo. —¿Quién eres? — Preguntó, con voz ronca por su falta de sueño.

El gato la ignoró. En su lugar, empujó algo hacia ella con una pata. — Debes estar muriendo de hambre. Toma, come.

¡Carne Fresca! Carrasca dobló la cabeza, lista para sumergirse, y luego se retiró. Un pequeño y viscoso pececillo yacía frente a ella. —No me gusta el pescado— dijo.

El gato se estremeció las orejas. —Aquí abajo, no siempre tienes otra opción.— Su tono era suave, pero Carrasca se sentía avergonzada. Su vientre dejó salir un fuerte gruñido como

si estuviera feliz con cualquier cosa, incluso con comida de cuervo. Conteniendo la respiración, Carrasca mordió al pez.

Se tragó el último bocado y bebió del musgo a su lado. El gato de jengibre y blanco la miraba expectantemente. —Gracias— maullaba Carrasca—. Yo... Supongo que no sabía tan mal.

El macho todavía la estaba estudiando.— Eres Carrasquina, ¿verdad?

Ella parpadeó.— Carrasca, en realidad. ¿Cómo lo supiste? Nunca te había visto antes, ¿verdad?

El gato agitó la cabeza y los ojos se nublaron.— No, nunca me has visto. Pero te vi con tus compañeros de arena cuando viniste a rescatar esos cachorros, justo antes de que el río se inundara.

Carrasca lo miró fijamente. Nunca olvidaría la búsqueda desesperada de los cachorros perdidos del Clan del Viento con Glayo y Leonado. Habían sido arrastrados de los túneles y los habían entrado en el lago cuando el río subterráneo se desbordó. Había sido un escape afortunado para todos ellos. ¡Ahora este gato le estaba diciendo que había estado aquí! —¿Quién eres? — Ella se mecó.

El macho de jengibre y blanco se acargó con las plumas debajo de su pierna lesionada, reorganizándolas para que se extendieran uniformemente. — Mi nombre es Hojas Caidas, un gusto — maúllo en voz baja, intentado que nadie más que ella lo oyera.

__ No eres de los clanes, ¿verdad? — Carrasca pregunto, y añadió al ver que Hojas Caidas asintió —.¿Dónde vives?

— Una vez viví en un campamento del territorio del lago, pero esta es mi casa ahora— Se dio la vuelta, empujando algunas hierbas hacia Carrasca. — Come esta consuelda; ayudará a tu pierna. No te daré más semillas de amapola a menos que tengas problemas para dormir".

Carrasca masticaba obedientemente las hojas fragantes. —¿Fuiste un curandero?— Ella preguntó.

Hojas Caídas inclinó la cabeza hacia un lado. —No sé qué es eso. Todos aprendimos sobre hierbas y lesiones para poder ayudarnos unos a otros. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Una especie de...— Carrasca limitó la frase, se acerró sobre sus patas delanteras, sintiendo que su corazón latía más rápido. —¿Quiénes eran los otros gatos? ¿Fuiste tú? ¿Eres parte de un clan? — ¿Había otro grupo de gatos viviendo cerca de aquí, uno que los clanes no conocían?

— No más preguntas— ordenó Hojas Caídas. —Necesitas descansar. No te has roto la pierna, solo la has arrancado. Lo arreglarás pronto, y luego supongo que querrás volver con tus amigos.

— ¡No!— Carrasca gritó.— ¡No puedo volver! ¡Nunca, nunca!

Hojas Caídas se encogió de hombros.— Eso depende de ti. Acuéstate y deja de retorcerse. Te traeré algo de comer más tarde.— Cogió los restos de huesos de pescado y se alejó.

Carrasca lo miró fijamente hasta que las sombras lo tragaron. Las paredes del túnel parecían más pálidas, como si entrara más luz. Cuando había estado hablando, había escuchado su voz resonando desde lejos, lo que sugería que su primera impresión había sido correcta y que estaba acostada a la entrada de una cueva. No podía oír nada de agua, así que no era la cueva con el río. Carrasca apoyó su barbilla sobre sus patas y cerró los ojos. Estaba perdida y herida, pero de alguna manera un gato la había encontrado y la había mantenido

viva con comida y agua, y hierbas para su pierna. ¿Lo había enviado el Clan Estelar? ¿O fue muy, muy afortunada? De cualquier manera, pensó que estaba a salvo, al menos por ahora.

Se despertó de un sueño para encontrar otro pececito a su lado, así como musgo recién empapado y un poco más de consuelita. Era más difícil ver las paredes de la cueva, lo que significaba que debía haberse vuelto diez más oscuras afuera. ¿Era de noche? Carrasca se preguntaba cuántos días había estado aquí. Había sido luna llena cuando ella... se fue. Tal vez Hojas Caidas podría decirle qué era la luna ahora. Después de comer su pescado y enmascarar el sabor con la consuelda, Carrasca trató de mantenerse despierta, con la esperanza de que Hojas Caídas volviera. La cueva se oscureció hasta que no pudo ver nada. Carrasca dejó de esperar a su extraño compañero. Él volvería por la mañana, ella estaba segura.

***

Esta vez estaba despierta y medio sentada para lavarse el pecho cuando llegó Hojas Caidas. Llevaba algo más voluminoso y esponjoso que un pez. Carrasca se detuvo entre las lamidas. —¡Oye! ¡Has cogido un ratón!

Hojas Caídas depositó la Carne Fresca en sus patas. Parecía lleno de triunfo. —Lo escuché arrastrándose en uno de los túneles más profundos— explicó. — Esperaba que te gustara.

— ¡Seguro!— Carrasca maullaba.— ¡Gracias! — Se inclinó hacia adelante para tomar un bocado y luego levantó la vista. — Hay mucho aquí. ¿Quieres un poco?

Hojas Caídas sacudió la cabeza. —No, es todo tuyo. — Mientras Carrasca continuaba comiendo, empujó suavemente su pierna lesionada. —¿Se está arreglando, crees?

Carrasca asintió con la boca llena. — Definitivamente— murmuró. —Puedo doblarlo ahora, y no me duele tanto cuando me muevo.

—Puedes intentar caminar sobre él cuando hayas terminado de comer— decidió. — No demasiado lejos, pero tienes que empezar a hacer ejercicio antes de que los músculos se desperdicien.

Carrasca se estremeció las orejas con sorpresa. Hojas Caídas sonaba como un curandero. ¡Debe haber venido de un clan! O algo muy parecido a un clan, como la Tribu del Agua Corriente. Ella tragó y rezó: —¿Eres un gato de la tribu? ¿Viniste de las montañas?

Hojas Caídas lo miro fijamente — Este es mi hogar ahora— respondio.— No hay ningún otro sitio

Carrasca tembló como si una garra fría le hubiera corrido por la columna vertebral. Había algo en la voz de Hojas Caídas que la hacía sentir más sola y desesperada de lo que podía imaginar. Se enderezó y empujó los restos de las orejas y la cola del ratón.— ¿Cuanto debo caminar? — Ella preguntó.

— No te entusiasmes demasiado— advirtió Hojas Caídas. —Solo unos pasos hoy, eso es todo.

Carrasca usó sus patas delanteras para empujarse a sus patas. Una puñalada de dolor corrió por su pierna lesionada, pero respiró hondo y mantuvo su pata en el suelo. Con dudas, dio un paso adelante. Su pierna trasera se mantuvo, aunque se sentía débil y no estaba muy con el resto de ella. Carrasca cojeó hacia el lugar donde la luz se hizo más fuerte. Las paredes del túnel se abrieron a ambos lados en una pequeña cueva, de unos seis zorros de ancho. Un pequeño agujero en el techo ardió de luz, tan brillante que Carrasca tuvo que expandir sus ojos para verlo.

—El sol brilla hoy— comentó Hojas Caídas cuando llegó a pararse junto a su hombro.

Carrasca se volvió hacia él. — ¿Alguna vez sales al bosque? ¿Cómo puedes vivir aquí todo el tiempo?

Hojas Caídas miró a otro lado — Esta es mi casa— repitió — Ahora, ¿puedes volver a tu lecho?

Carrasca comenzó a caminar de vuelta por el túnel, frustrada por no haber ido más lejos. Pero para cuando llegó al montón de plumas, le dolía mucho la pierna y se hundió con alivio.

—Puedes intentarlo de nuevo mañana— Maullo Hojas Caídas como si pudiera darse cuenta de que ella tenía dolor.— Relájate ahora.

Se volvió para irse, pero Carrasca extendió la mano con una pata. —¡Espera! Estoy aburrida de estar sola. ¿No puedes quedarte y hablar conmigo?

Hojas Caídas la vio con ojos azules sombríos. — Descanso — dijo extrañamente. — De esa manera, tu pierna se curará más rápido. Te volveré a ver más tarde.

Carrasca se acomodó en las plumas, ella lo consideraba un lecho donde podría dormir e hablar con Hojas Caídas. Ella se imaginaba que el escape de el Clan del Trueno, habría hecho que ella muriera, pero no; Un gato que vive en la cueva la ha ayudado para que su vida se mantenga en pie. *¿He tenido suerte?* Se Pregunto Carrasca

Capítulo 3

El delgado rayo de sol se sintió cálido en su pelaje mientras Carrasca avanzaba por la cueva y regresaba sobre sus cuatro patas.

— ¿Ves?— bromeó Hojas Caídas, que estaba sentado en la entrada.— ¡Como nuevo!

Se sentía como si hubieran pasado estaciones enteras antes de que Carrasca pudiera cruzar la cueva sin cojear, pero Hojas Caídas es le aseguró que la luna aún no estaba llena. Él había insistido en que se quedara dentro de la cueva para hacer ejercicio, caminando en círculos hasta que se mareara. Todavía la dejó sola durante la mayor parte del día y toda la noche, pero Carrasca no quería comenzar a vagar por las cuevas sin él. Había tenido suerte una vez; no podía confiar en que Hojas Caídas la encontrara de nuevo.

Hojas Caídas se acercó y le olió la pierna. —Si dices la verdad sobre no tener dolor, entonces debe haberse curado.

— ¡Por supuesto que estoy diciendo la verdad!— Carrasca protestó. ¿Cómo se atrevía a sugerir que estaba mintiendo? La verdad era lo único que importaba, siempre. *Pero no me sentí así cuando derramé los secretos de mi Clan en la Reunión.*

Carrasca empujó la imagen del rostro horrorizado de Esquiruela fuera de su mente.— ¿Podemos explorar ahora?— ella preguntó.

Hojas Caídas trazó una línea en el polvo de piedra con su pata.

— ¿Quieres decir que quieres que te muestre la salida?

— ¡No!— exclamó Carrasca. — Quiero que me muestres tu casa. ¿Dónde está la cueva con el río? ¿Hasta dónde llegan los túneles?

El gato pelirrojo y blanco la miró sorprendido. —¿De verdad quieres saber? La mayoría de los gatos quieren salir directamente de aquí.

Había tanto dolor en sus ojos que Carrasca sintió una oleada de simpatía. — No tengo otro lugar a donde ir — maulló en voz baja. — Has sido un buen amigo para mí, Hojas Caídas . ¿Por qué querría dejarte ahora?

Hojas Caídas condujo a Carrasca por un estrecho túnel en el otro extremo de la cueva, hacia una oscuridad tan espesa que parecía lamer el pelaje de Carrasca como si fuera agua. El suelo se sentía suave y frío bajo sus patas, y solo era consciente de las paredes a ambos lados cuando las puntas de sus bigotes las rozaban. Al principio reaccionó demasiado y se estrelló contra la pared opuesta, pero pronto aprendió a mover la cabeza un poco cuando le hormigueaban los bigotes.

— El túnel se abre aquí abajo — gritó Hojas Caídas por encima del hombro. Debió haberla oído tropezar de un lado a otro.

Carrasca se dio cuenta de que podía ver el contorno de su compañero contra un tono gris más pálido. El sonido del agua resonó por el túnel, no exactamente salpicando sino un suave murmullo líquido que solo podía ser el río subterráneo. Carrasca se echó a trotar, abriéndose paso entre Hojas Caídas y estallando en la enorme caverna. Estaba lleno de una luz oscura ya Carrasca, después de haber estado atrapada en la oscuridad durante tanto tiempo, le parecía tan familiar y acogedor como su guarida en el hueco. Frente a ella estaba el río, manso y

tranquilo entre sus orillas de piedra poco profundas, y allí estaba la repisa en lo alto de la pared donde Leonado se había jactado de estar.

— Tu hermano y la gata jugaron allí — comentó Hojas Caídas, acercándose a ella.

Se refiere a Leonado y Cola Brecina. Carrasca sintió una punzada de incomodidad. ¿La impresión de Hojas Caídas de los clanes se basó en gatos que se escondían fuera de la vista y rompían el código guerrero? Para cambiar de tema, señaló con la cabeza un túnel al otro lado del río.

— Eso lleva al exterior, ¿no? — Era extraño pensar que un corto paseo la llevaría de vuelta al corazón del Clan del Trueno.

— Solía— maulló Hojas Caídas — pero ahora está bloqueado por el barro. ¿Recuerdas ese túnel de allí? Ahí es donde encontraste los cachorros

Carrasca miró la boca negra que bostezaba, cerca de la orilla del río. Se estremeció al recordar la búsqueda desesperada de los gatos perdidos del Clan del Viento, mientras que muy por encima de ellos, Estrella de Bigotes y Estrella de Fuego se preparaban para librar una guerra por su desaparición.

— Los túneles no dan miedo una vez que te acostumbras a ellos— le aseguró Hojas Caídas. — Te mostraré, pero primero debes comer.— Caminó hasta el borde del río y se detuvo un momento, con la mirada fija en el agua negra que pasaba. De repente, una de sus patas delanteras salió disparada y recogió un pez plateado tembloroso en la roca. Se agitó como un loco hasta que Hojas Caídas lo mató de un solo golpe. — Aquí— maulló, empujándolo hacia Carrasca.

— Er, ¿no quieres comer también? — Carrasca sugirió, retrasándose de otra comida a pescado. ¡Si hubiera nacido en el Clan del Río, ya habría elegido morirse de hambre!

Hojas Caídas negó con la cabeza. —No, este es para ti. Cometelo; entonces podemos explorar.

A regañadientes, Carrasca se tragó el pescado. Esta vez no sabía tan mal, y cuando bebió del río, el sabor fresco y fuerte del agua fue refrescante. Hojas Caídas la estaba esperando en la boca del túnel más oscuro. Él le hizo señas con la cola antes de trotar hacia las sombras. Carrasca lo siguió más lentamente, echando una última mirada a la cueva a media luz antes de rendirse a la oscuridad.

Ella Oía los pasos de una pata adelante, resonando confiadamente en la piedra. — Pronto se pondrá más claro — le comento Hojas Caídas.

Carrasca se puso a trotar, contenta de tener un poco de calor en los huesos. De repente, su nariz rozó algo suave y redujo la velocidad para evitar chocar contra las ancas de Hojas Caídas. Ella olfateó, tratando de fijarse en su olor, pero todo lo que podía oler era piedra fría y húmeda. ¿Hojas Caídas había vivido tanto tiempo en los túneles que había captado el olor de su entorno?

Hojas Caídas aceleró y Carrasca corrió para seguirlo. Las paredes del túnel emergieron de las sombras y pudo ver el contorno del gato frente a ella.

Carrasca no sabía de dónde procedía la luz y, por una vez, no miró hacia abajo al instante para comprobar dónde ponía las patas. Sabía que el piso era liso y nivelado aquí, no había guijarros sueltos que la hubieran hecho tropezar hasta el momento, y no había habido pendientes pronunciadas.

Hojas Caídas se volvió para mirarla, sus ojos brillando en la penumbra. — ¿Está bien ir un poco más rápido?— maulló. Había un toque de desafío en su voz.

— ¡Por supuesto! — respondió Carrasca. Su pierna lesionada no le dolía en lo más mínimo y estaba lista para usar los músculos que habían estado inmóviles durante demasiado tiempo.

Apenas tuvo tiempo de respirar antes de que Hojas Caídas se alejara corriendo. Su piel pelirroja y blanca fue casi instantáneamente tragada por las sombras más allá del alcance de la pálida luz. Esta vez, Carrasca no se lo pensó dos veces antes de seguirlo. Sus bigotes temblaron con el esfuerzo de sentir las paredes a ambos lados, y mantuvo su peso bajo sobre sus patas para poder adaptarse a los cambios en el suelo del túnel. Comenzó a descender abruptamente, por lo que Carrasca se balanceó hacia atrás hasta que sus patas delanteras hicieron poco más que palpar el camino, manteniéndola en equilibrio sobre sus patas traseras. Después de un tiempo, su pata trasera comenzó a doler, pero luego el túnel se aplanó y Carrasca pudo correr a toda velocidad.

Podía oír a Hojas Caídas delante de ella, y estaba empezando a saber cuándo el túnel se curvaba o golpeaba una pendiente por el sonido de sus patas.

Cuando irrumpieron en una pequeña cueva que estaba llena de luz solar a través de una grieta en el techo, Carrasca casi se desilusionó. Los gatos se detuvieron por un momento, jadeando.

— ¡Eso fue divertido!— Carrasca jadeó.

— ¡Lo estás haciendo muy bien!— Hojas Caídas ronroneó con admiración.

— ¡Gracias!— Carrasca miró a su alrededor.— ¿Dónde estamos? Quiero decir, en relación con el exterior?

— Hemos llegado al otro lado de las colinas— exclamó Hojas Caídas.

— Ese túnel de allí—asintió hacia un hueco en la pared— conduce si sigues el olor de los árboles cuando llegas a la bifurcación.

Carrasca inclinó la cabeza hacia atrás y miró al techo. Hojas de piedra puntiagudas colgaban, rodeadas de delicadas líneas. Una gota de agua se adhería a cada punta. Ella no conocía el territorio sobre ellos, no si estaba más allá de los límites del Clan. Pero era extraño pensar que cuevas como esta, y túneles largos y sinuosos, habían estado bajo sus patas todo el tiempo.

— Deberíamos regresar — maulló Hojas Caídas.— No quieres lastimarte la pierna. Vamos, vamos por un camino diferente.

Antes de que Carrasca pudiera protestar que su pierna estaba bien, él se lanzó a un túnel lateral.

— ¡Espérame!— Carrasca chilló juguetonamente. Corrió hacia la oscuridad, estirando el cuello hasta que su hocico chocó contra el frío pelaje. — ¡Te atrapé!— ella bromeó.

Hojas Caídas chirrió con diversión. —¡Ya lo veremos! — Alargó el paso y siguió adelante.

Carrasca saltó hacia adelante, pero su dedo del pie se enganchó en una piedra suelta y tropezó. Recuperando el equilibrio, se detuvo a escuchar. Las patas de Hojas Caídas resonaron débilmente en algún lugar del túnel. Carrasca se puso en marcha, pero casi de inmediato se estrelló contra la pared porque estaba muy ocupada aguzando el oído para escuchar pasos. Hizo una pausa y sacudió la cabeza. ¡Enfoque! Se enderezó los bigotes con un movimiento rápido de la pata y comenzó a trotar por el túnel.

Ella definitivamente podía escuchar a Hojas Caídas delante de ella. Una brisa en su rostro reveló un túnel que conducía a un lado. Carrasca instintivamente volvió la cabeza para mirar, pero estaba tan oscuro que no pudo ver ningún cambio en las sombras que la rodeaban.

Reprimió un pulso de alarma y olió el espacio vacío donde empezaba el túnel lateral. No había rastro de calor o piel, ninguna señal de que Hojas Caídas hubiera ido por este camino. ¿Entonces se había mantenido en el túnel principal? Carrasca aguzó las orejas. El silencio la presionó, pesado como el agua llenando sus oídos. Se obligó a caminar hacia adelante y saltó cuando escuchó el más leve sonido de pasos de patas. Se detuvo, esforzándose por escuchar. Los pasos se habían detenido. Carrasca se miró las patas, aunque no podía verlas. ¡Cerebro de ratón! Había estado escuchando el eco de sus propios pasos. Estaba completamente sola en la oscuridad.

Un gemido subió por su garganta y tragó saliva para contenerlo. Su piel se puso de punta y sintió que sus patas comenzaban a temblar. Seguramente Hojas Caídas se daría cuenta de que ella no estaba detrás.

¿O asumiría que ella había encontrado un camino diferente de regreso? Ella había estado corriendo tan confiadamente tras él. Carrasca dio un paso adelante y su cabeza golpeó contra la roca. Tambaleándose, saltó hacia un lado y golpeó su hombro contra la pared opuesta. ¿Se había encogido el túnel? ¿Estaban las paredes cerrándose sobre ella, aplastándola lentamente hasta la nada?

— ¡Carrasca! — Un susurro a su lado hizo que Carrasca casi saltara de su piel. — ¿Estás bien?— Hojas Caídas preguntó, acercándose hasta que su hocico tocó sus orejas. —¿Qué sucedió?

— ¡No sabía dónde estabas! — estalló Carrasca.— Estaba tan oscuro, y pensé que podía oírte, ¡pero solo eran mis propios pasos! ¡Luego golpeé las paredes y pensé que me habías perdido!

— Nunca haré eso, lo prometo — murmuró Hojas Caídas en su oído. — Nunca te perderás aquí abajo, porque me tienes a mí. Vamos, te llevaré de vuelta.

Con su cabeza cerca de la de ella, condujo a Carrasca a lo largo del túnel, aminorando el paso mientras ella cojeaba a su lado. Salieron a la caverna, vadearon el río y regresaron al túnel.

donde yacía el nido de Carrasca. Se derrumbó sobre las plumas, sintiéndose agradecida por su calor contra su piel helada. Le dolía la pierna y Hojas Caídas empujó algunas semillas de amapola hacia ella.

— Cómete esto, te ayudará a dormir —- instó. Se dio la vuelta para irse, pero Carrasca levantó la cabeza.

— ¿Puedes... puedes quedarte aquí esta noche? — ella maulló.— No quiero volver a estar solo en la oscuridad. Hay espacio en mi nido si me muevo.

Hojas Caídas vaciló, luego entró en el círculo de plumas. —Está bien, sólo por una noche— maulló. Él se acurrucó junto a ella con cierta torpeza y Carrasca se retorció para darle más espacio. Las semillas de amapola estaban funcionando y sus párpados se sentían pesados. Se desenroscó hasta que su columna estuvo presionada contra el flanco de Hojas Caídas. Por un momento fue como estar de vuelta en el hueco, compartiendo su nido con Carbonera. Carrasca respiró profundamente y comenzó a quedarse dormida. Pero justo antes de que la negrura límpida llenara su mente, se estremeció. ¿Por qué tengo tanto frío? No había calor proveniente del pelaje de Hojas Caídas en absoluto. ¿Vivir bajo tierra lo había helado hasta los huesos?

Capítulo 4

— *¡Oye! ¡Despierta! ¡Es hora de la patrulla del Alba!*

Carrasca se dio la vuelta y se frotó los ojos con una pata. Hojas Caidas la miraba desde arriba, con la cola enroscada sobre la espalda.— ¡Vamos, babosa soñolienta! — bromeó.

Carrasca se levantó. Ella había estado soñando que estaba

de vuelta en el Clan del Trueno, persiguiendo a una ardilla que se hacía más y más pequeña a medida que se acercaba. Justo cuando extendió la mano para agarrarlo, la ardilla se había desvanecido por completo.

Miró más allá de Hojas Caídas para observar la pálida luz amarilla que entraba oblicuamente en el túnel. El ángulo entre el haz de luz y el techo era más estrecho hoy, lo que significaba que el sol estaba más bajo en el cielo. Carrasca inclinó la cabeza hacia un lado. Ella había estado aquí... *¿Cuántas lunas?* Tres o cuatro, por lo menos. La Estación de la Caída de Hojas debe estar arrastrándose hacia el bosque exterior, volviendo los árboles dorados y escarlata. Carrasca se preguntó si haría más frío en los túneles. Empujó su nido con el pie. Tendría que encontrar más plumas.

Hojas Caídas se alejaba trotando de ella. —Tomaré el túnel del páramo hoy —gritó por encima del hombro—. Y puedes comprobar el túnel del bosque.

Se le ocurrieron nombres para los dos túneles de salida principales que no conducían de regreso al territorio del Clan del Trueno. Nunca entraron en esos túneles; sin decir nada en voz alta, Carrasca sabía que Hojas Caídas estaba tratando de distraerla de su antiguo hogar. Ella había elegido quedarse con él, así que eso debía ser lo que quería, ¿verdad? Cuando ella le había hablado de la vida cotidiana en los Clanes, con patrullas fronterizas y de caza y ceremonias para aprendices y guerreros, él había sugerido hacer lo mismo allí. Ahora, cada día empezaba con una patrulla de los túneles de salida, no es que nunca encontraran nada en los caminos de piedra vacío, seguida de pesca en el río subterráneo. Carrasca había aprendido a enganchar pececillos con su pata casi tan suavemente como Hojas Caídas, y se había acostumbrado al sabor fuerte y acuoso. Ahora podía correr en la oscuridad con confianza, detectando la brisa más leve en sus bigotes y captando los ecos más pequeños del agua que fluía del río para ubicar dónde estaba. Cuando estaba patrullando un túnel de salida, solo llegaba hasta la luz que se derramaba por la boca, quedándose atrás como si fuera a quemarse las patas. Ahora pertenecía a las sombras, escondiéndose de la luz del día y del sonido del viento en los árboles.

Carrasca se estremeció. Tenía techo, comida y compañía. ¿No era eso más de lo que se merecía, después de lo que había hecho? Hojas Caídas era mucho menos exigente que sus antiguos compañeros de clan; la dejaba comer todo el pescado que pescaban juntos, y nunca pasaba tanto tiempo con ella que se cansara de su compañía. De hecho, a menudo la dejaba sola, especialmente por la noche. Carrasca se preguntó dónde dormía; pensó que ya había explorado todos los túneles, pero nunca había visto señales de otro nido.

— ¡Vamos! — La voz de Hojas Caídas resonó por el túnel y Carrasca echó a correr. Ella lo alcanzó en la cueva del río y se pararon uno al lado del otro, mirando hacia el agua. Hoy fluía más rápido, y pequeñas olas se derramaban sobre los bordes del barranco de piedra.

—Llovió anoche" — explicó Hojas Caídas.

Carrasca sintió un destello de alarma. — ¿Se va a desbordar el río?—

Hojas Caídas negó con la cabeza. —— No todavía. — Caminó hasta una esquina y volvió haciendo rodar una gran piedra plana con el hocico. Lo empujó hasta el borde de la línea húmeda dejada por las olas. —Usaremos esto como marcador para ver si el río crece más. —

Carrasca pasó la pata por la piedra. Se sentía suave, como un huevo. —Esa es una buena idea — comentó.

— Es lo que las garras afiladas me dijeron que hiciera — maulló Hojas Caídas. — Antes de venir aquí para mi iniciación. —

Carrasca lo miró fijamente. Hojas Caídas había mencionado una vez antes que se había perdido en los túneles mientras entrenaba para ser un garra afilada, lo que parecía ser lo mismo que un guerrero del Clan. No le diría nada más sobre su Clan, o Tribu, o como se llamaran sus parientes.

— Si volvieras ahora — maulló suavemente — Serías una de las mejores garras afiladas de la historia. Es posible que te hayas perdido una vez, ¡pero conoces estos túneles mejor que cualquier gato! Si se supone que encontrar el camino a través de los túneles te enseña a ser fuerte, valiente e independiente, ¡eres todas esas cosas! ¡Serías un héroe!

Hojas Caídas la miró como si hubiera perdido la cabeza. — ¿Regresar? — siseó. — ¡No puedo volver! ¿No entiendes? ¡Es demasiado tarde! — Temblando de angustia, dio media vuelta y corrió hacia el túnel que conducía al Clan del Viento, al que llamaban el túnel del páramo.

— ¡Espérame! — gritó Carrasca, corriendo tras él. Pero se detuvo cuando llegó al borde de la cueva del río. Todo lo que tenía eran preguntas para Hojas Caídas, y no quería molestarlo más. El pensamiento cruzó por su mente que podría no ser la única que huía de un terrible secreto. Nunca le había dicho a Hojas Caídas lo que había pasado con Cenizo; tal vez ella tenía más en común con su nuevo compañero de lo que se dio cuenta.

Dio media vuelta y caminó de regreso a través de la cueva. La entrada al túnel del bosque estaba en el otro lado del río, y hoy se necesitó un salto mucho más grande para despejar el barranco. Carrasca aulló cuando sus patas traseras salpicaron el borde del agua y salpicaron el pelaje de su barriga con gotas heladas. Al entrar en el túnel, echó a correr para calentarse.

Las toscas paredes grises a cada lado emergieron de la oscuridad cuando se acercó a la entrada. El viento soplaba directamente en el túnel, llenando la boca de Carrasca con aromas de hojas secas y hierba quebradiza. Caminó más cerca hasta que la luz se derramó sobre sus patas. Levantó una y miró su pelaje sorprendida. Estaba pálida y dura por haber corrido lunas sobre piedra. De repente, Carrasca deseó sentir la hierba verde y suave bajo sus pies y ver el cielo, vasto y lleno de luz, sobre ella. Se sintió atraída hacia la boca del túnel como si fuera una ramita en un río.

La luz se hizo más fuerte y Carrasca entrecerró los ojos. No era sol, esta luz era fría y gris, pero era más brillante que cualquier cosa que hubiera visto en mucho tiempo. La entrada al túnel era un círculo de un blanco deslumbrante, demasiado doloroso para mirarlo directamente. De repente se oyó un crujido más allá de la claridad, el sonido de ramas crujiendo bajo pesadas patas. Luego una ráfaga de ladridos, mezclada con un aullido agudo. Carrasca hizo una mueca cuando el ruido golpeó sus oídos; estaba acostumbrada al pesado silencio de los túneles. Se encogió contra la pared, demasiado sorprendida para saber en qué dirección correr. Hubo una explosión de pasos de patas en la entrada y una enorme forma

oscura irrumpió a través de la luz. Al mismo tiempo, una ola de hedor golpeó la nariz de Carrasca. ¡Zorro!

El miedo arraigó sus patas en el suelo. El intruso se estrelló contra ella, rebotó en la pared opuesta, luego se volvió y miró hacia donde había venido, sin prestar atención a Carrasca acurrucada en la esquina. Una cabeza asomó a través del círculo de luz en la boca del túnel. Una lengua larga y rosada colgaba de unas mandíbulas chorreantes y unas enormes orejas colgaban a cada lado de unos malvados ojos amarillos. El zorro dejó escapar un aullido y se arrastró hacia atrás, aplastando a Carrasca contra la pared del túnel. Contuvo la respiración, mareada por el terror. El perro de la entrada gruñó y dio un paso hacia ellos. Bloqueó la luz de modo que sus rasgos desaparecieron y todo lo que Carrasca pudo ver fue el débil contorno de sus enormes hombros. El zorro se agachó, llenando la nariz de Carrasca con un pelaje suave y cosquilleante. Deseaba estornudar, pero no podía arriesgarse a que la descubrieran.

Se oyó un grito en el exterior, una voz profunda de Dos Patas, levantada por la ira, y las orejas del perro se movieron. Un momento después, se sacudió hacia atrás y Cararsca entrecerró los ojos para ver al Dos Patas sujetando el collar del perro con una garra rosada y gorda. El perro gimió cuando lo arrastraron. El zorro se relajó, dándole a Carrasca el espacio suficiente para deslizarse suavemente hacia atrás. Era solo un cachorro, no más alto que ella, y su pelaje olía a leche y tierra de su guarida.

De repente, Carrasca escuchó un susurro feroz. — ¿Qué esta pasando? ¿Estás bien? — Hojas Caídas estaba de pie a la vuelta de la curva del túnel. Ella corrió hacia él. Sus ojos brillaban como lunas en la penumbra.

— ¡Estate atento! — siseó Carrasca. — ¡Hay un zorro detrás de mí! ¡Corre!

Capítulo 5

Carrasca metió la nariz debajo de la cola y trató de silenciar el ruido que bajaba por los túneles hasta su nido. El cachorro de zorro todavía estaba en algún lugar bajo tierra, gimiendo en la oscuridad. *¿Por qué no se había ido? ¿Tenía miedo de que el perro lo estuviera esperando?* Carrasca olfateó y se retorció más profundamente entre las plumas. El gemido agudo se abrió paso, pinchándola como espinas.

Carrasca se incorporó. ¡Por el bien del Clan Estelar, cállate! No había forma de que pudiera dormir con este ruido. Saltó de su nido y caminó por el túnel hasta la cueva del río. Estaba lleno de un lavado gris pálido de la luz de las estrellas. Hojas Caídas estaba sentado al borde del agua.

— ¿Puedes oír al zorro? — Carrasca preguntó irritada.

Hojas Caídas se encogió de hombros. — Con el tiempo encontrará la salida.

— Pero, ¡Con el, me cuesta dormir! — se quejó Carrasca.

El zorro dejó escapar un fuerte aullido, como si pudiera oírlos hablar. Carrasca sintió una oleada de lástima. Sabía lo que se sentía estar perdida y asustada en la oscuridad. — Tal vez debería ir a buscarlo — murmuró.

Hojas Caídas la miró sorprendido. — ¡Pero es un zorro!

— Es un bebé — respondió ella. — No dejarías un cachorro aquí abajo, ¿verdad?

— Un cachorro intentaría comerte —señaló Hojas Caídas.

— Soy demasiado grande para ese cachorro — le aseguró Carrasca, esperando que eso fuera cierto. El zorro olía fuertemente a leche, lo que significaba que probablemente aún no estaba comiendo carne fresca. Y ciertamente no se había dado cuenta de que estaba sentado encima de la presa cuando el perro lo persiguió hasta el agujero. Se sacudió el pelaje y se dirigió hacia el túnel del bosque.

— Realmente vas a buscarlo, ¿verdad? — Hojas Caídas sonaba asombrado.

— Sí, si eso significa que puedo dormir un poco — maulló Carrasca. — Si no he regresado al amanecer, ven a buscarme, ¿de acuerdo? — añadió, sólo medio en broma.

— Por supuesto — respondió Hojas Caídas sombríamente.

La oscuridad se sentía aún más sólida que de costumbre, y Carrasca luchó contra el impulso de dar media vuelta y huir de regreso a la cueva del río. Los gemidos del cachorro de zorro resonaron en las paredes, confundiendo sus sentidos y desorientándola. Hizo una pausa cuando sintió que el aire frío soplaba a un lado de su cabeza. Aquí había una entrada a otro túnel; ¿Había ido el cachorro por aquí? Ella escuchó por un momento. Hubo un pequeño ruido de raspado, como si almohadillas blandas estuvieran arrastrando los pies contra la piedra. Si el zorro realmente hubiera bajado aquí, estaría realmente atascado, porque este túnel en particular se hizo más y más estrecho hasta que terminó abruptamente en un desprendimiento de rocas. Lo que significaba que si Carrasca seguía al cachorro, podría quedar atrapada en un callejón sin salida.

Carrasca respiró hondo y entró en el túnel. Casi de inmediato, el zorro lanzó un chillido como si la hubiera oído acercarse. — ¡Está bien, no voy a lastimarte!— Carrasca llamó a la

oscuridad. Hubo un rápido sonido de escarbar, y una ola de miedo con olor a zorro recorrió el pasillo hacia ella.

Carrasca se recordó a sí misma que se trataba solo de un joven perdido y asustado, por lo que no estaba en peligro. Ella se acercó más. — Silencio, no te asustes — murmuró.

El escarbar se detuvo y Carrasca supuso que el zorro estaba presionado contra el desprendimiento de rocas sin ningún otro lugar a donde ir. Dejó escapar el más mínimo gemido.

— Pobrecito — maulló Carrasca, como si estuviera consolando a un cachorro. —¿Estas perdido?

Dio otro paso adelante y su hocico chocó contra un pelaje suave y de fuerte olor. Tratando de no vomitar, Carrasca lo lamió. El zorro se tensó, rígido como una roca, luego se relajó mientras seguía lamiendo. Sintiéndose más audaz, Carrasca se acercó a donde supuso que estaba la cabeza del cachorro. Su nariz tocó la punta de una oreja suave como una pluma. — Está bien, ahora estás a salvo — susurró entre lametones.

La cabeza del cachorro se inclinó hasta que descansó contra el pecho de Hollyleaf. Sintió el ligero cosquilleo de sus bigotes cuando metió la barbilla debajo de las patas delanteras. Carrasca se retorció más cerca hasta que su cuerpo se enroscó alrededor de la mayor parte del zorro que pudo alcanzar. Podía sentir su respiración ralentizándose y haciéndose más estable. Dejó de lamer y apoyó la cabeza en el cuello del zorro. — Duerme, pequeño — murmuró.

Se apretó contra la piel fría a su lado, con la esperanza de que algo de su calor se filtrara. Se le pasó por la cabeza que ninguno de sus antiguos compañeros de clan creería jamás que había dormido junto a un zorro. Pero ella ya no estaba en el Clan, y este cachorro la necesitaba, al igual que un cachorro necesita a su madre. Carrasca movió la cabeza a una posición más cómoda y cerró los ojos.

La despertó algo que le pellizcaba la pata delantera. ¿Estaba Hojas Caídas llamando su atención al morderla? Carrasca abrió los ojos a una tenue luz gris. Una forma se cernió sobre ella, y cuando bajó la vista hacia su pierna, vio diminutos dientes blancos hundiéndose en su pelaje. — ¡Ay! — ella gritó, luchando libre.

El cachorro de zorro inclinó la cabeza hacia un lado y la miró.

Carrasca retrocedió. El cachorro era más grande de lo que ella recordaba, dos veces más ancho que ella en sus hombros, y sus dientes eran grandes.

— Está bieeen — maulló, dando otro paso hasta que estuvo a salvo fuera de su alcance. — Vamos a sacarte de estos túneles —

El zorro saltó sobre sus pies, llenando el espacio. Carrasca se preparó. No había señales de que el cachorro pensara que ella era una presa; de hecho, parecía como si quisiera jugar. Dejó escapar otro ladrido agudo y rebotó sobre sus patas delanteras. Carrasca se volvió y miró por encima del hombro. Iba en contra de todos sus instintos tener al zorro detrás de ella, porque ahora se sentía como si la estuvieran persiguiendo. No perseguida, seguida, se dijo con firmeza. — ¡Vamos! —ella maulló.

Ella dio unos pasos hacia adelante. El zorro corrió tras ella, luego se detuvo y gimió. Carrasca miró el túnel que tenía delante. Se desvaneció en la oscuridad, en comparación con la luz pálida que llenaba esta sección.

— Tranquilo — le dijo al cachorro. — Esta es la salida, te lo prometo. — Caminó hacia las sombras, pero el zorro se quedó donde estaba. Hubo un golpe suave y Carrasca se dio cuenta

de que se había sentado. Suspirando, se dio la vuelta y se apretujó a su lado. — Levántate — instó, empujando el costado del cachorro con su hocico. — ¡No puedes quedarte aquí!

Le golpeó las ancas con la pata y el zorro saltó con un aullido. Carrasca le dio otro empujón con la nariz. — Vamos, estaré justo a tu lado — El cachorro dio un paso cauteloso y Carrasca permaneció cerca, presionando contra su flanco. — ¡Así es! — ella maulló.

Lentamente, avanzaron poco a poco a lo largo del túnel. El zorro se detuvo en seco cuando llegaron al cruce con el túnel del bosque, pero Carrasca lo empujó y animó a doblar la esquina hasta que pudieron sentir la brisa del exterior en sus rostros. El zorro dejó escapar un aullido alegre y echó a trotar. Con exceso de confianza, se estrelló contra la pared opuesta y se sentó con un golpe, gimiendo. Carrasca corrió hacia adelante y lamió el hocico del zorro. No podía saborear nada de sangre, así que no era en serio.

— ¡Ten más cuidado! —lo regañó ella. — Quédate a mi lado hasta que puedas ver, ¿de acuerdo?

Sabía que el zorro no podía entender lo que estaba diciendo, pero aun así caminó más despacio mientras doblaban la curva del túnel. Una luz gris se derramó delante de ellos, dolorosamente brillante como antes. El zorro parpadeó y gimió, frotándose los ojos con una pata delantera.

— Es porque has estado en la oscuridad por un tiempo — explicó Carrasca. — Sigue adelante; ¡Ya casi estás allí! — Levantó la mano y lamió las orejas del cachorro, y una imagen de Esquiruela haciéndole lo mismo irrumpió en su mente. Se había caído en un charco y su madre la había llevado rápidamente a la maternidad para secarla. *Su madre*. De repente, se perdió Esquiruela con un dolor físico.

El zorro saltó y siguió trotando. Aceleró a medida que sus ojos se acostumbraban a la luz, y Carrasca se quedó atrás, resistiendo el impulso de permanecer presionada contra su cálido pelaje. El cachorro no pertenecía aquí. Necesitaba estar de vuelta con su madre, en su guarida en el bosque. De repente, el cachorro se detuvo, justo en la entrada. Volvió a mirar a Carrasca y dejó escapar un ladrido inquisitivo.

Carrasca negó con la cabeza. — No puedo ir contigo, pequeña — maulló. — Esta es mi casa. — Las palabras se le atascaron en la garganta como un trozo cartilaginoso de carne fresca.

Hubo un fuerte aullido desde más allá de la boca del túnel. La cabeza del cachorro giró rápidamente, con las orejas erguidas. Dejó escapar un aullido y hubo otro ladrido, confiado y alegre. — Esa es tu madre, ¿no? — susurró Carrasca.

El cachorro saltó hacia delante y desapareció en el círculo de blancura. Carrasca se deslizó por el túnel hasta que pudo ver los árboles afuera. El túnel se abría a un bosque muy parecido al territorio del Clan del Trueno, con una mezcla de árboles y una densa maleza. La luz se estrelló contra los ojos de Carrasca y ella los entrecerró tanto como pudo. Sus oídos resonaban con el sonido de las hojas crujiendo, el canto de los pájaros y el estruendo de las patas cuando el cachorro y la madre zorra corrían uno hacia el otro. Parpadeando, Carrasca observó mientras

chocó en una caída de piel rojiza. El cachorro dejó escapar una andanada de aullidos emocionados cuando su madre lo acurrucó, olfateando cada parte de su pelaje.

— Ahora estás a salvo — murmuró Carrasca, tratando de ignorar el nudo de tristeza en su pecho. — Estás de vuelta donde perteneces — La visión del cachorro golpeando la barriga de su madre en busca de leche se mezcló con imágenes de Carrasca retorciéndose con sus

compañeros de camada en la maternidad del Clan, bañada en reconfortantes aromas de comida. Era feliz entonces, antes de saber la verdad, pensó. Pero esa vida ha terminado ahora.

Capítulo 6

La caída de hojas se había asentado sobre el bosque y el suelo estaba cubierto por una capa de hojas quebradizas de color rojo y naranja. Mientras Carrasca observaba desde la boca del túnel, la brisa arrancó otra ráfaga de hojas de un haya y las dejó colgando en el aire antes de dejarlas flotar hasta el suelo. Una voz detrás la hizo saltar.

— ¿Estás buscando al cachorro?

Carrasca se dio la vuelta, su piel picada por la culpa. — ¡Hojas caídas! ¿Cuanto tiempo has estado ahi?

— El tiempo suficiente para ver cuánto quieres estar ahí afuera — maulló el gato pelirrojo y blanco.

Carrasca se quedó a un lado, dejando espacio para que él se uniera a ella en la entrada, pero Hojas Caídas se quedó donde estaba, con las patas ocultas en la sombra.

— ¿Esperas que el cachorro regrese? — Hojas Caídas bromeó, pero su voz sonaba hueca en el eco del túnel.

— Por supuesto que no — maulló Carrasca. — Sé que pertenece ahí afuera, en el bosque, con su madre.

— ¿Y que hay de ti? — Fallen Leaves presionado suavemente. — ¿Perteneces ahí fuera, con tu familia?"

Carrasca apartó la cara. — No tengo familia — gruñó.

— Todos tenemos familia — suspiró Hojas Caídas.

— ¿En realidad? Entonces, ¿dónde están tus parientes? — Carrasca desafió. "

— Dices que vienes de un gran grupo de gatos, pero ¿qué pasó con ellos? Nunca hemos visto ningún rastro de otros gatos que vivan cerca de aquí.

Hojas Caídas se miró las patas. — Se fueron — susurró.

— ¡Entonces vamos a buscarlos! — declaró Carrasca. _- Debe haber algunas señales de adónde han ido".

Para su sorpresa, los ojos de Hojas Caídas se agrandaron con horror. — ¡No! ¡Debo quedarme aquí! Si me voy, ¿cómo sabrá mi madre dónde encontrarme? Ella vendrá por mí un día. Sé que lo hará.

Carrasca reprimió un arranque de impaciencia. — ¡Pero podríamos encontrarla primero! Ven conmigo. Te cuidaré.

— No necesito que me cuiden" — siseó Hojas Caídas. — Solo necesito quedarme aquí. Ve tú si quieres. No puedo irme. — Dio media vuelta y se adentró en la oscuridad. Carrasca se quedó mirándolo, sintiéndose miserable. Tantas cosas que dijo no tenían sentido. ¿Por qué su madre no había venido a buscarlo antes? Ella debe haberlo visto entrar en los túneles, entonces, ¿por qué no comenzó a buscarlo tan pronto como no salió? Pero Hojas Caídas nunca dio una respuesta directa. Parecía decidido a ser lo más misterioso posible y, a veces, Carrasca se preguntaba si quería compañía en su hogar subterráneo. Bueno, no tengo que quedarme aquí con él. Levantó la cabeza y dejó que los olores del bosque flotaran sobre su hocico: tierra, hojas, ardilla y el olor almizclado de un campañol escondido entre unos troncos de pino... ¿Qué estaba haciendo, acechando en los túneles cuando podía? estar viviendo afuera, donde ella pertenecía?

Carrasca corrió tras Hojas Caídas. Cuando irrumpió en la cueva del río, él estaba acurrucado bajo el saliente rocoso con la nariz metida debajo de la cola. Sin embargo, no estaba dormido; sus ojos estaban muy abiertos, brillando en la luz gris pálida.

— Me salvaste la vida — soltó Carrasca, derrapando hasta detenerse frente a él. — Y siempre estaré agradecida por eso. Pero estas en lo correcto. Necesito estar afuera, comiendo ardillas y ratones en lugar de pescado, donde pueda ver el cielo y sentir el viento en mi pelaje...

— Entonces vete — la interrumpió Hojas Caídas. — Nadie dijo que tenías que quedarte aquí.

Carrasca lo miró fijamente. ¿Le importaba tan poco ella que ni siquiera intentaría que se quedara? Bueno, ¡ella tampoco lo necesitaba! — Bien — espetó ella. — Solo pensé en dejarte saber que voy en caso de que te preguntes dónde estoy.

Hojas Caídas se encogió de hombros y volvió a sacudir la punta de su cola sobre su nariz. Carrasca tuvo la clara sensación de que la habían despedido. Tratando de no sentirse herida, dio media vuelta y regresó al túnel del bosque. Caminó despacio al principio, medio esperando que Hojas Caídas viniera corriendo tras ella, rogándole que cambiara de opinión. Pero las sombras detrás de ella permanecieron obstinadamente en silencio.

El viento era más frío de lo que Carrasca recordaba y le picaba el pelaje a pesar de que intentaba permanecer al abrigo de los troncos más anchos. La luz se estaba desvaneciendo y las sombras se extendían desde la base de cada árbol, pero de alguna manera esta oscuridad era menos cómoda que estar en los túneles y Carrasca se encontró tropezando con cada ramita caída y cada grupo de musgo. Apretando los dientes, se abrió camino hacia un denso matorral de zarzas. ¿Las espinas siempre habían arrastrado su pelaje así? ¿Y los árboles sin hojas eran siempre tan ruidosos cuando entrechocaban sus ramas? Los oídos de Carrasca estaban demasiado llenos para captar los movimientos de cualquier presa, y su vista estaba extrañamente borrosa cuando intentaba mirar más allá del largo de un zorro. No dejaba de decirse a sí misma que esto era lo mismo que el territorio del Clan del Trueno, pero en realidad no lo era en absoluto: no había marcadores de olor familiares ni caminos a través de los arbustos, ninguna señal de que los gatos hubieran estado aquí antes.

Carrasca se abrió camino hasta el centro de las zarzas y dio vueltas en círculos al lado del montón de troncos hasta que hubo despejado un camino espacio pequeño, aproximadamente circular. ella arañó en la hierba seca para hacer un nido donde acostarse, luego se acurrucó y metió el hocico debajo de la cola. Su vientre gruñó, recordándole que no había comido desde su "cacería" matutina en el río subterráneo, pero que no había posibilidad de atrapar ninguna presa esta noche. Carrasca presionó su columna contra el grupo de troncos de zarzas, deseando que Hojas Caídas estuviera a su lado. A pesar de que nunca desprendía calidez, había sido extrañamente sociable en las raras noches que había compartido su nido. ¿Se arrepiente de haberme dejado ir?

Carrasca se despertó antes del amanecer, demasiado hambrienta para seguir durmiendo. Se arrastró fuera de las zarzas y olfateó el aire. El olor de la lluvia se lo llevó el viento y se estremeció. Su guarida espinosa no sería completamente impermeable, por lo que tendría que encontrar algunas hojas grandes para tejer en los tallos inmediatamente por encima de su cabeza. Pero primero tenía que cazar. Una luz lechosa se filtraba a través de las ramas, lo suficiente como para revelar un pequeño rastro de huellas a través del mantillo de hojas debajo de un árbol de haya. Carrasca se dejó caer en cuclillas del cazador, sus músculos

rígidos y protestando después de lunas de no ser utilizada. Caminó hacia adelante, dando pasos ligeros mientras se esforzaba por escuchar el leve susurro revelador de la presa. En la base del tronco, una hoja se movió y asomó la punta de una suave cola marrón. Carrasca saltó y aterrizó de lleno en la espalda del ratón, matándolo con un rápido mordisco en el cuello.

Sabía a carne fresca para el Clan Estelar. Carrasca comió donde estaba agachada, saboreando cada bocado. Su barriga rugió de aprecio y casi de inmediato se contrajo de dolor. Carrasca siseó entre dientes. Había pasado mucho tiempo desde que había comido tanto. Tal vez debería haber guardado la mitad del ratón para más tarde, en su propia pila de animales muertos. Levantó la cabeza, mirando a su alrededor en busca del mejor lugar para almacenar sus capturas. Luego se encogió de hombros. Si solo se alimentaba a sí misma, ¿cuál era el punto de almacenar presas? Cazaba y comía cuando tenía hambre, eso es todo. Como lo haría un solitario...

Carrasca se levantó y trotó rápidamente entre los árboles. Ella no era una solitaria, ¿verdad? Ella era una gata de Clan sin Clan, eso es todo.

No es una proscrita, ni una solitaria, o, el Clan Estelar no lo quiera, un minino. Ninguno de esos. Un asesino, susurró una pequeña voz dentro de su cabeza, pero Carrasca agachó las orejas y lo ignoró, empujando mientras el suelo se inclinaba hacia arriba. Con la cabeza gacha, no se dio cuenta de que el bosque se estaba aclarando hasta que el viento golpeó repentinamente su pelaje. Sobresaltada, miró hacia arriba para ver que estaba casi en la cima de la cresta. Unos pocos pasos más la llevarían a la cima y podría contemplar el lago y su antiguo hogar.

Sus patas permanecieron enraizadas en la hierba. Carrasca sintió que sus oídos se esforzaban por escuchar cualquier sonido de gatos: sus antiguos compañeros de clan en una patrulla fronteriza, tal vez, o gatos del Clan del Viento persiguiendo un conejo. No oyó nada más que el viento silbando sobre la cima y bajando en picado para sacudir los árboles debajo de ella. Casi sin pensar, Carrasca comenzó a retroceder. Una parte de ella anhelaba escuchar los sonidos distintivos de los gatos del Clan del Trueno y correr por la cresta para unirse a ellos; otra parte temía que pudieran estar buscándola para castigarla por la muerte de Cenizo. ¿Habrían Hojarasca Acuatica o Leonado y Glayo revelado la verdad a estas alturas? No había forma de que ella lo supiera, porque nunca podría regresar. Dándose la vuelta, Hollyleaf corrió cuesta abajo y se zambulló en los árboles que la protegían.

Unos días después, llegó la primera nevada. Carrasca abrió los ojos para encontrar su guarida de zarzas llena de una extraña luz nublada. Se abrió paso y chilló cuando un montón de escarcha brillante cayó sobre su cuello. Ella se lo quitó de encima y saltó fuera de las ramas restantes. Sus patas se hundieron en la suave nieve blanca y al instante se congelaron hasta los huesos. Hollyleaf siseó por lo bajo mientras saltaba hacia la rama caída más cercana, donde solo se había asentado una capa de copos. El musgo estaba viscoso bajo sus patas, pero al menos pudo sacudirlas para quitarlas de la sustancia blanca que se le pegaba. Tendría suerte de pescar algo para comer hoy; todas las presas quedarían enterradas bajo una cálida capa de hojas.

En el Clan, Estrella de Fuego se habría abastecido de carne fresca en un agujero fuera del hueco, donde la tierra fría lo mantendría fresco. El estómago de Carrasca rugió ante la idea, y frunció el labio, molesta consigo misma por no estar mejor preparada.

Estaba a punto de saltar de la rama e intentar encontrar algo para comer cuando notó un rastro de huellas de patas que se alejaban entre los árboles. Eran más grandes que los de ella,

pero pequeños para un perro que pasaba. El pelo se erizó en la nuca de Carrasca. Con un siseo de disgusto, volvió a hundir los pies en la nieve y fue a echar un vistazo más de cerca. Más que el tamaño y la forma de las huellas, el olor distintivo le dijo quién había caminado por allí: ¡un zorro! Un zorro joven, a juzgar por sus pequeñas patas, ¿era solo su imaginación o Carrasca reconoció el olor persistente?

¡Sí!

¡Era el cachorro que había rescatado!

El corazón de Carrasca comenzó a latir más rápido. En ese momento, la perspectiva de volver a ver al pequeño cachorro la llenó de más emoción que la idea de encontrar comida. Siguió el rastro, saltando con cuidado junto a las huellas para no mancharlas. Serpentearon a través de los árboles, dirigiéndose a lo largo del hombro de la cresta antes de desviarse hacia abajo en un denso bosquecillo de pinos. A Carrasca le dolían las piernas de saltar a través de la nieve, y se hacía más profundo a medida que bajaba la colina, pero no iba a darse por vencida ahora. El olor del cachorro se había vuelto más fuerte y las huellas eran aún más claras, como si acabara de caminar por aquí.

Los pinos se abrían en un pequeño claro donde la nieve se raspaba y amontonaba entre profundas marcas de garras y plumas teñidas de escarlata. Hollyleaf arrugó la nariz cuando el olor a sangre llenó el aire. El zorro debe haber matado una paloma aquí, decidió, estudiando las anchas plumas grises. Sintió un destello de orgullo, como si ella misma hubiera sido la mentora del cachorro.

Hubo un ruido detrás de ella y el fuerte olor la inundó con más fuerza que nunca. Hollyleaf se volvió, un ronroneo subiendo por su garganta. El cachorro estaba de pie al borde del claro, observándola. Sus orejas estaban erguidas y la punta de su peluda cola rozó la nieve. ¡Este era definitivamente su zorro! Se estaba convirtiendo en un apuesto macho, su pelaje se destacaba contra la nieve casi tan escarlata como la sangre de la paloma.

— ¡Hola! — Carrasca maulló. — ¿Me recuerdas?"

Con un gruñido, el zorro saltó sobre ella. Dientes amarillos mordieron el aire donde había estado el cuello de Carrasca, un latido después de que ella retrocediera. Se estrelló contra un pino y se dio la vuelta para abrirse camino por el tronco, con la criatura rompiéndose apenas a un bigote de distancia de sus patas. El árbol estaba rodeado de musgo hasta la mitad y las garras de Carrasca se soltaron; se deslizó hacia abajo, sintiendo las ramas pinchar sus costillas y costados, y el cachorro saltó, aullando de hambre y emoción. Carrasca clavó sus garras en la corteza y logró detener su caída justo cuando los dientes se cerraron sobre el pelaje al final de su cola. Se liberó y trepó a las ramas más altas, impulsada por el miedo hacia arriba. Debajo de ella, el cachorro gruñó de frustración.

Carrasca se acurrucó en una rama delgada que se balanceaba bajo su peso. Miró hacia abajo a través de las agujas de pino de color verde oscuro y observó al zorro dando vueltas muy por debajo. Por supuesto que no me recuerda. ¡No soy más que una presa! Carrasca hundió sus garras en la rama, cerró los ojos y esperó a que su corazón dejara de intentar salirse del pecho a puñetazos.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba oscuro. El miedo y la huida deben haberla agotado lo suficiente como para dormir en su incómoda percha. El bosque estaba en silencio, y todo lo que podía oler era nieve y el olor punzante de la savia de pino. El cachorro se había ido hace mucho tiempo. Sobre los árboles, una luna plateada llena flotaba en el cielo, rodeada de estrellas deslumbrantes. El bosque estaba bañado en una luz blanca y nítida, y Carrasca podía

ver todo el camino hasta la cima de la cresta. Por otro lado, los cuatro Clanes se reunirían en la isla para la Reunión. ¿Se mencionaría su nombre? ¿Algún gato alguna vez se preguntó qué le había pasado? Carrasca sintió una oleada de sufrimiento tan intensa que casi pierde el agarre de la rama. Cuando se hundió alarmantemente debajo de ella, recobró el sentido y se deslizó por el tronco hasta el suelo nevado.

Sentía un dolor agudo en el vientre y, mientras Carrasca caminaba de regreso entre los árboles, se detuvo junto a una mata de milenrama que había estado protegida de la nieve para comerse algunas hojas. Pero el dolor dentro de ella persistía, y Carrasca sabía que era más que hambre: era soledad, arrepentimiento y tristeza. Solo había un lugar al que podía ir. Ahuecando su pelaje contra el frío glacial, Carrasca comenzó a subir la cuesta.

El alba estaba rompiendo cuando ella llegó, iluminando las sombras proyectadas por los árboles a la luz de la luna y despertando el canto de algunos pájaros. Hollyleaf dio los últimos pasos tambaleándose y se detuvo en la entrada, sin aliento. El túnel se abría ante ella, cálido, oscuro y acogedor.

— ¡Hojas caídas! — llamó mientras se zambullía dentro. — Hojas caídas, ¿estás ahí?

Capítulo 7

Carrasca durmió durante dos días completos después de su regreso. Hojas Caídas le trajo pescado para comer cuando se movió brevemente, y algunas hierbas que no reconoció para la tos persistente que se desarrolló tan pronto como estuvo fuera del viento constante. Su nido estaba donde lo había dejado, pero más suave y profundo de lo que recordaba.

— Agregué más plumas — admitió Hojas Caídas tímidamente. — En caso de que volvieras — Luego trepó con delicadeza junto a ella y enroscó su frío cuerpo alrededor del de ella mientras ella se volvía a dormir.

Finalmente se despertó con la cabeza más clara, sintiéndose hambrienta e inquieta. Una luz amarilla se filtraba en el túnel, insinuando la luz del sol afuera. Carrasca estaba sola en su nido, pero Hojas Caídas apareció casi de inmediato, cargando un pececillo.

— Toma, come esto— la instó, dejándolo caer a su lado.

No sabía tan bien como los ratones y las ardillas del bosque, nada volvería a saber tan bien sospechó Carrasca, pero se lo tragó obedientemente, sintiendo que la fuerza volvía a sus piernas. Hojas Caídas se sentó junto a su nido y observó.

— Vi al cachorro de zorro otra vez — anunció Carrasca mientras limpiaba los últimos rastros de pescado de sus bigotes.

Hojas Caídas pareció sorprendido. — ¿Estás seguro de que era el mismo?

— Definitivamente. Conocí su olor de inmediato.

— ¿Te reconoció? — preguntó Hojas Caídas.

Carrasca se miró las patas y sacudió la cabeza. Ella

se sintió estúpida y avergonzada de admitir lo que había hecho, pero esperaba que Hojas Caídas no la juzgara con demasiada dureza. — Me vio como una presa jugosa — maulló en voz baja. — Acabo de escapar".

Sintió algo suave en su oreja cuando Hojas Caídas la tocó con la punta de su cola.

— Lo siento mucho. ¿Le salvas la vida y él te lo paga así? Honestamente, ¡algunos animales no tienen gratitud!

Había una nota de diversión apenas reprimida en su voz y Carrasca levantó la vista para ver sus ojos brillando con humor. — Supongo que fue un poco tonto pensar que me recordaría — admitió.

— ¡Solo un poco!" — Hojas Caídas explotó. — ¿Qué pensaste que pasaría? ¿Que te llevaría a su maternidad para que conocieras a su madre?

Carrasca se encogió de hombros. — Estaba tan sola" — murmuró. — Yo solo

Quería un amigo.

En un instante, Hojas Caídas se agachó junto a ella, presionando

su pelaje contra el de ella. — Y tú tienes un amigo— insistió. — Aquí mismo. Ahora, he sido terriblemente perezoso haciendo patrullas mientras estabas fuera.

¿Deberíamos comenzar con una revisión de los túneles, en caso de que ese cachorro piense en seguirte, y luego ver si puedes recordar cómo atrapar un pez?

Más tarde, cuando los agujeros en el techo estaban oscuros y las patas de Carrasca dolían por correr sobre la piedra, se acostó en su nido de plumas y sintió que el dolor de la soledad se aliviaba. Dejó escapar un ronroneo y Hojas Caídas se movió a su lado.

— ¿Qué estás pensando? — murmuró.

— Qué contenta estoy de haber regresado — respondió Carrasca honestamente. — Supongo que no estoy hecha para vivir sola.

Hojas Caídas le lamió la oreja. — Me alegro de que hayas vuelto también

Carrasca se dio la vuelta para mirarlo. — ¿Alguna vez piensas en los gatos que dejaste atrás?

— Todo el tiempo — maulló en voz baja Hojas Caídas. — Pero ha pasado tanto tiempo que no recuerdo mucho.

Carrasca parpadeó. Había estado fuera del Clan del Trueno durante varias lunas, pero no había olvidado nada. — ¿Cuántas temporadas has estado en los túneles?

Hojas Caídas se encogió de hombros y apartó la cara. — Más de lo que puedo contar. Pero ahora es demasiado tarde para cambiar algo.

Carrasca sabía que no debía sugerirle que fuera a buscar a su antigua comunidad nuevamente. En cambio, se acomodó más cómodamente contra su costado y le pidió: — Háblame de tu familia. Debes recordarlos.

— Mi madre se llamaba Sombra Rota. Ella era muy amable y hermosa. Ella... ella no quería que yo entrara en los túneles. Creo que ella sabía que algo malo sucedería.

— ¿No pudo detenerte? — preguntó Carrasca.

— No si iba a ser una garra afilada — respondió Hojas Caídas. — Eso es lo que quería, más que nada — Se apagó, sonando dolorosamente triste. Luego se sacudió. — Eso es todo un largo camino en el pasado. ¿Qué hay de tu madre? ¿Le dijiste que ibas a dejar el Clan?

Carrasca comenzó a cortar una de las plumas con su garra. — No exactamente —murmuró ella.

Hojas Caídas se puso rígido. — ¿Quieres decir que ella no tiene idea de dónde estás? ¿Y si cree que estás muerta?

— Probablemente sea mejor si lo hace" — susurró Hollyleaf. Mientras hablaba, se preguntó a qué gato se refería: Hojarasca Acuática, su verdadera madre; o Esquiruela, la gata que la había criado. — Es complicado — confesó. — Yo... yo tengo dos madres".

Detrás de ella, sintió que Hojas Caídas le aguzaba las orejas. — ¿Dos?

— Mi verdadera madre, Hojarasca Acuática, es una curandera. Se supone que no debe tener crías, pero se escapó con Corvino Plumoso del Clan del Viento y, cuando volvió, nos dio a luz a mí y a mis hermanos. Para ocultar lo que había hecho, nos entregó a su hermana Esquiruela, quien fingió que éramos sus cachorros. ¡Incluso el compañero de Esquiruela, Zarzoso, pensó que era nuestro padre!

Hojas Caídas se quedó en silencio por un momento. Luego preguntó: — ¿Crees que Esquiruela te amaba?

— Oh, sí — maulló Carrasca. — Quiero decir, ella se preocupaba por nosotros todo el tiempo, al igual que las otras reinas en la maternidad. ¡Pero ella nos mintió! Solo nos dijo la verdad cuando otro gato la obligó.

— ¿Qué pasa con... Hojarasca Acuatica? ¿Cómo actuó contigo?

Carrasca suspiró. — Siempre se interesó por nosotros, pero pensé que era porque Esquiruela era su hermana. Fui su aprendiza por un tiempo, en la curandería, pero luego decidí entrenarme como guerrera. Me gustó trabajar con ella; simplemente no era lo que quería hacer por el resto de mi vida.

— ¿Y Hojarasca Acuática sabe que descubriste la verdad? — preguntó Hojas Caídas.

— Sí — maulló Carrasca, haciendo una mueca al recordar su último y furioso enfrentamiento con la curandera del Clan del Trueno.

— Yo... le dije que merecía morir por lo que había hecho, pero dijo que el peor dolor de todos era tener que vivir con eso. — Carrasca dejó de hablar y miró las astillas de plumas a sus pies.

— Me parece — comenzó Hojas Caídas cuidadosamente, — que estas dos gatas te querían mucho. ¿Seguramente dos madres son mejores que ninguna? Y hagas lo que hagas antes de venir aquí, ambos deben tener la esperanza de que estés vivo y a salvo.

— Supongo — admitió Carrasca. Empujó las astillas de plumas fuera del nido. — Pero, ¿cómo pueden vivir con todos estos secretos? ¡La verdad es todo lo que importa!

— No siempre — maulló Hojas Caídas. — Tal vez esos gatos creyeron que estaban haciendo lo correcto para ti y tus hermanos. No puedes castigarlos por quererte demasiado, Carrasca.

Le dio unas palmaditas en el hombro con la pata y Carrasca volvió a acostarse. No podía negar que Hojas Caídas tenía razón: Esquiruela y Hojarasca Acuatica la habían amado. Pero todo se había complicado por secretos y mentiras, y por el hecho de que Carrasca había matado a Cenizo para evitar que se lo contara a todo el mundo. Pero luego me di cuenta de que nunca permanecería en secreto, así que se lo dije a todos los Clanes en la Reunión. La muerte de Cenizo había sido en vano, y Carrasca no había tenido más remedio que irse.

Afuera, el clima se volvió aún más frío. Había menos peces en el río subterráneo, por lo que Carrasca hizo incursiones en el bosque, dejando los túneles lo suficientemente largos para atrapar un ratón o una ardilla y una vez una paloma bastante flaca. Hojas Caídas nunca la acompañó; dijo que había salido varias veces a recoger hierbas cuando Carrasca entró por primera vez en los túneles, pero no se sentía como si perteneciera allí. El corazón de Carrasca siempre se retorcía de tristeza cuando veía el rostro pelirrojo y blanco de su amigo asomándose entre las sombras, observándola ansiosamente mientras cazaba.

Hojas Caídas parecía ver los túneles como su hogar y su prisión por igual. ¿Realmente creía que era demasiado tarde para encontrar a su familia?

Carrasca siempre estaba atenta al cachorro de zorro o a su madre, pero no vio nada más grande que la paloma entre los árboles nevados, y solo una vez un rastro de huellas llenas de nieve que conducían al bosquecillo de pinos. Se desvió en la dirección opuesta, utilizando el olor a milenrama para llevarla rápidamente de vuelta a la boca del túnel. Había un pequeño grupo que crecía justo afuera de la entrada, desafiando a la nieve con sus hojas verdes y peludas.

Cada vez que Carrasca salía, se encontraba escuchando señales de los gatos al otro lado de la cresta. ¿Se las arreglarían sus compañeros de clan para encontrar suficientes presas en la nieve? ¿Estaban los veteranos fuertes y en forma? Varias veces sus patas parecían llevarla hasta la cima de la cresta sin que ella se diera cuenta, hasta que estuvo apenas a la distancia de un zorro de la frontera del Clan del Trueno. Pero la idea de encontrarse cara a cara con uno de sus antiguos compañeros de clan hizo que la sangre se congeló en sus venas, Pero Carrasca se dio cuenta de que Hojas Caídas la llamaba, y ella fue con el.

***

Después de un cuarto de luna, las nubes de nieve se levantaron, dejando un cielo despejado y un aire fresco y tranquilo. Carrasca se enterró en su nido, tratando de calentarse, pero su mente estaba llena de lo que podría estar pasando en el hueco. Se sentó, sabiendo que no iba

a dormir ahora. El túnel estaba lleno de luz plateada, tan brillante que era casi como la luz del sol. Carrasca salió de su nido y trotó por el pasaje hasta la cueva del río. Estaba vacío, aparte de la luz deslumbrante que brillaba en todos los rincones y volvía blanco el río. Carrasca inclinó la cabeza hacia atrás y se esforzó por mirar a través del agujero en el techo. Muy, muy arriba, una luna perfecta y redonda se deslizaba por el cielo. Era una noche fría para una Reunión. Carrasca se imaginó a los gatos acurrucados en el hueco, con vapor saliendo de sus hocicos mientras escuchaban hablar a cada líder.

— Extrañas a tus compañeros de clan, ¿no? — Murmuró Hojas Caídas detrás de ella.

Carrasca saltó. No lo había oído entrar en la cueva. — Solo quiero saber que están bien — maulló, sintiendo un destello de culpa. — La estación sin hojas puede ser muy difícil para los clanes, y con toda esta nieve, es posible que no hayan encontrado suficiente para comer.

Hojas Caídas levantó una pata para detenerla. — Así que ve a verlos. —

— ¡No puedo! ¡Tienen que creer que me he ido para siempre!

— Visítalos sin ser visto, si eso es lo que quieres — sugirió Hojas Caídas. — No puedes pasar todo el tiempo mirando la luna y preguntándote.

Carrasca se estremeció. Quizás tenía razón. Conocía su antiguo territorio lo suficientemente bien como para permanecer oculta. Si tan solo pudiera asegurarse de que el Clan del Trueno estuviera sobreviviendo a la dura temporada, podría volver a dormir.

Capítulo 8

Carrasca sintió como si un enjambre de abejas zumbara en cada una de sus patas tan pronto como decidió regresar al Clan del Trueno en secreto, pero se obligó a esperar un cuarto de luna hasta que el cielo estuviera menos iluminado. Justo antes del amanecer, cuando la noche estaba en su punto más oscuro, Hojas Caídas la llevó a un túnel que no era mucho más ancho que la madriguera de un conejo. Esta era una de las pocas entradas claras que quedaban al Clan del Trueno. Carrasca intentó agradecerle de nuevo antes de meterse en la última sección, pero él se dio la vuelta antes de que pudiera decir nada y las sombras se lo tragaron rápidamente.

—. Volveré, lo prometo! — Carrasca lo llamó en silencio.

Carrasca se agachó y se metió en el diminuto agujero. El techo le raspó las orejas y por un momento sintió como si la estuvieran enterrando viva. Su corazón se aceleró por el pánico y su respiración se hizo entrecortada, pero siguió arrastrándose hacia adelante con sus patas delanteras.

De repente, el aire fresco estalló en su rostro y el sonido de las ramas susurrando en el viento llenó sus oídos. Carrasca se puso de pie arriba, absorbiendo los olores familiares de los gatos y los senderos y los marcadores fronterizos. ¡Ella estaba en casa!

¡No! Esta no es mi casa ahora.

Carrasca se sacudió la tierra de la piel y trotó hacia un grupo de helechos y rodeó un roble solitario. Después de comprobar que no había gatos patrullando de noche, cruzó un estrecho sendero que discurría por lo alto del acantilado. Hollyleaf se dijo a sí misma que estaba temblando de frío, pero podía oler el miedo en su piel y sabía que estaba aterrorizada de ser descubierta. Cuando una lechuza aleteó ruidosamente desde una rama, casi se cae del susto. Se metió en un grupo de zarzas y se abrió paso hasta que emergió al borde mismo del acantilado. Se agachó y miró por encima.

El hueco estaba lleno de sombras y Carrasca no podía distinguir ninguna guarida individual, pero algo se sentía mal. El ruido del viento haciendo eco en los acantilados era diferente, y las formas negras de abajo no eran las mismas que recordaba. Era como si los árboles hubieran crecido dentro del campamento desde que se fue, llenos de ramas y llenos de hojas quebradizas. ¡Eso era imposible!

Mientras miraba, una línea de luz amarilla apareció sobre la cresta detrás de ella. Estaba amaneciendo y aclaró las sombras lo suficiente como para que Hollyleaf viera un enorme árbol llenando el hueco, sin crecer, pero tendido de lado con las raíces arrugadas en la esquina donde estaba la sala de medicina. Hollyleaf se puso rígida de horror. Si un árbol tan grande hubiera caído desde lo alto del acantilado, ¡debe haber aplastado a los gatos debajo de él! Yacía directamente encima de las guaridas de los guerreros y los ancianos. ¿Cómo podía haberle ocurrido algo tan terrible a su Clan y, sin embargo, ella no sabía nada al respecto? ¿No podría el Clan Estelar habérselo dicho en un sueño?

Tal vez StarClan me ha repudiado, ahora que ya no soy parte de un Clan.

Hollyleaf se dio cuenta de que estaba temblando tanto que corría peligro de resbalarse por el borde. Ella retrocedió un poco, justo cuando las ramas del árbol caído se estremecieron y

dos gatos se acercaron cautelosamente en el aire frío. Su aliento formaba nubes alrededor de los hocicos.

— Puedo ir al lugar sucio por mi cuenta — se quejaba Musaraña. El aire estaba tan quieto que su voz llegó a Carrasca hasta la cima del acantilado.

— Sé que puedes — dijo Puma con voz áspera. — Pero no hay nada de malo en tener compañía, ¿verdad?

— Parece que no tengo otra opción — murmuró musaraña, mientras el viejo gato marrón la conducía a través del claro y hacia las zarzas que llenaban la entrada al hueco.

Carrasca se inclinó hacia delante, sintiendo un estremecimiento de placer. ¡Mis compañeros de clan!

— ¡Gabarda! —llamó una voz desde el estudio de medicina. — Puedo traerte algo de comer si tienes hambre. No hay necesidad de ir a buscarlo usted misma. — Era Glayo, sonando como si acabara de despertarse.

— Todavía tengo dos piernas que funcionan — fue la respuesta, mientras una gata marrón oscuro emergía de debajo de las raíces enredadas.

¿Gabardilla? Carrasca miró incrédula mientras la joven gata se arrastraba por el suelo con sus patas delanteras, mientras que sus patas traseras se arrastraban inútilmente detrás de ella. Mili salió disparada de en medio de las ramas caídas.

— ¿Qué estás haciendo? ¡Solo llegaste tan lejos ayer! ¡Deberías estar descansando! — ella regañó.

Gabarda (Glayo había usado su nombre de guerrera, aunque claramente no iba a patrullar) se desvió para evitar a su madre. — Estoy bien — siseó entre dientes. — ¡No puedes hacer todo por mí!

Milli se inclinó y lamió las orejas de su hija. — Ojalá pudiera — murmuró.

¿Cómo se había lastimado tanto Gabarda? ¿Había sido cuando cayó el árbol? ¡Debería haber estado aquí! Carrasca hundió sus garras en el suelo desmoronado al borde del acantilado. Unas pocas piedras diminutas se desprendieron y repiquetearon en el claro. Carrasca se congeló.

Un familiar pelaje atigrado oscuro emergió de las ramas. Zarzoso miró hacia el escondite de Carrasca, entrecerrando los ojos. Ella se encogió y contuvo la respiración. Entonces lo escuchó llamar, — ¿Leonado? ¿Corazón de Ceniza?

Abajo se oía el sonido de los gatos reuniéndose. Carrasca arriesgó una mirada más por el borde. Su corazón casi se rompe cuando vio a su hermano Leonado dando vueltas alrededor de Carbonera, la punta de su cola trazando su suave pelaje gris. Zarpa de Tórtola y Zarpa Espinela (habían sido pequeños cachorros cuando Cararsca se fue, ¡y ahora eran aprendices fuertes y de aspecto seguro

de sí mismos!) rebotaban a su alrededor, ansiosos por salir a patrullar.

— ¿Escuchó Zarzoso a un zorro? — preguntó Zarpa Espinela emocionada.

Zarpa de Tortola había inclinado la cabeza hacia un lado y parecía pensativa. — No lo creo — maulló.

Leonado comenzó a guiarlos hacia la barrera de espinas. Carrasca sabía que tenía que irse. Solo esperaba que su piel todavía tuviera suficiente olor del Clan del Trueno para que no pudiera ser rastreada hasta el túnel. Por suerte, los helechos estaban empapados por el derretimiento de la escarcha, lo que hacía menos probable que tuvieran rastros de ella. Se abrió paso, haciendo una mueca cuando el agua fría atravesó su piel, luego corrió hacia el

túnel. Podía oír a Lionblaze llevando a la patrulla por el costado del hueco. Ivypaw corría adelante, informando sobre cada arbusto y zarza que olfateaba.

— ¡Nada aquí! ¡Ningún zorro vino por aquí!

Carrasca hizo una pausa por un momento, repentinamente loca por la esperanza de que la encontraran y la llevaran de regreso al Clan. ¿Seguramente la extrañaron de alguna manera? Luego pensó en todo lo que había sucedido, la verdad que Hojarasca Acuatica, Glayo y Leonado habían descubierto, y supo que el Clan estaba mejor sin ella. Con un pequeño suspiro, se metió en el estrecho agujero y dejó que las sombras la envolvieran.

— Y luego vi a Gabarcilla, bueno, ahora es Gabarda, ¡y ha perdido el uso de sus patas traseras! Se arrastraba sobre su vientre por el claro. Tal vez el árbol le cayó encima. ¡Debería haber estado allí para ayudar! — Carrasca se detuvo para respirar, consciente de que no había dejado de hablar desde que regresó.

Desde su asiento junto al río, Hojas Caídas la miró. Era un día sombrío y apenas se filtraba luz en la cueva, pero Carrasca pudo ver que sus ojos brillaban débilmente.

— No podrías haber evitado que el árbol cayera — señaló. — De todos modos, elegiste irte, ¿recuerdas?

Carrasca raspó su pata sobre la piedra. — No sentí que tuviera otra opción en ese momento — murmuró. — Yo... no te he contado todo sobre lo que pasó. No fue solo que descubrí que Esquiruela y Hojarasca Acuatica me mintieron. Otro gato también se enteró, un gato llamado Cenizo. Me amenazó con decirles la verdad a todos los clanes, así que yo... así que lo maté.

Hubo un largo silencio. Carrasca se arriesgó a mirar a Hojas Caídas. Estaba mirando al río.
— ¿El Clan te envió lejos cuando se enteraron? — Hojas Caídas preguntó en voz baja.

— ¡No! ¡Nunca lo supieron! Solo Hojarasca Acuática se enteró, y luego se lo dije a Glayo y Leonado. Quería que supieran por qué tenía que irme.

— Pero podrías regresar — maulló Hojas Caídas, levantando repentinamente la mirada. _- Tus hermanos y Hojarasca Acuática te aman demasiado como para decir la verdad sobre Cenizo. Tu secreto seguirá estando a salvo.

— ¡Tú no sabes eso! — Carrasca se lamentó.

— Creo que sí — argumentó Hojas Caídas. — Todo lo que me has dicho demuestra lo importante que eras para tu familia.

— No lo entiendes — maulló Carrasca miserablemente. — Han pasado demasiadas cosas. El Clan ya no me necesita

Hojas Caídas se volvió. — Tu Clan siempre te necesitará — susurró mientras caminaba entre las sombras.

Carrasca se las arregló para esperar tres cuartos de luna más antes de volver a su lugar de espionaje sobre el hueco. La nieve había vuelto a caer, convertida en destellos plateados por la dura escarcha. Carrasca se agachó entre la hierba quebradiza, temblando, y observó cómo el Clan se despertaba lentamente debajo de ella. Zarzoso envió una patrulla de guerreros somnolientos para comprobar la frontera del Clan del Viento. Carrasca se sorprendió por lo delgadas que se veían sus compañeras de clan. Buscó en el claro cualquier señal de una pila de animales muertos, pero solo había unos pocos restos de piel y plumas junto al tronco del árbol. La presa debe ser escasa después de un período tan largo de clima severo.

Hubo un murmullo de movimiento en el otro extremo del árbol caído, donde apenas se veían las paredes espinosas del cuarto de los niños. La voz de Rosella se elevó, alta por la frustración.

— ¡Pequeña Cereza! ¡No vas a salir con esa tos! ¡Pequeña Topó!, trae a tu hermana de vuelta ahora mismo!

Dos formas diminutas e hinchadas surgieron de entre las zarzas y se deslizaron por el claro. La gata pelirroja que iba delante se detuvo cuando su pequeño cuerpo estaba tosiendo, y su compañera de camada de color crema y marrón patinó hasta detenerse a su lado. — No puedes salir a jugar hoy — maulló. Ya sabes lo que dijo Rosella.

Una gata de caparazón de tortuga se deslizó a través de la pared de la habitación de los niños y se inclinó sobre el gatito pelirrojo. — Vamos, pequeña — murmuró Rosella. — De vuelta al nido contigo.

— ¿No puede Glayo darme alguna medicina? — suplicó Pequeña Cereza, mirando a su madre con enormes ojos color ámbar.

— Dijo que se quedó sin Milenrama — Rosella explicó. Había una nota tensa de preocupación en su voz, aunque Carrasca se dio cuenta de que estaba tratando de ocultarlo de los cachorros. — Estoy seguro de que encontrará algo hoy, y luego te sentirás mucho mejor.

Llevó a su equipo de regreso a la guardería, dejando a Pequeña Topó deambulando solo por el claro. Carrasca entrecerró los ojos. Sabía dónde crecía milenrama fresca. Dio media vuelta y corrió de regreso al túnel. Ahora estaba acostumbrada al apretado apretón, y se arrastró sin pensar en ello. Luego corrió a través de los túneles, sus patas firmes y con paso firme sobre la piedra fría y húmeda. No había señales de Hojas Caídas cuando irrumpió en la cueva del río. Saltando sobre el agua, Carrasca se adentró en el túnel del bosque y lo siguió hasta el final, saliendo a la luz del día justo cuando un sol amarillo pálido aparecía sobre los árboles.

¡Gracias a StarClan!

La mata de milenrama seguía creciendo junto a la boca del túnel, fresca y con un olor verde a pesar de la escarcha. Carrasca cortó tantos tallos como pudo cargar y luego regresó al túnel, teniendo cuidado de no pisar las hojas que se arrastraban. Cuando salió del estrecho agujero al territorio del Clan del Trueno, dejó la milenrama y olfateó el aire. Acababa de pasar una patrulla, lo que significaba que debería tener tiempo suficiente para llevar las hierbas al fondo del acantilado. Carrasca trató de calmar su corazón. Latía tan fuerte que sus patas temblaban al mismo tiempo. Era demasiado temprano para que muchos gatos estuvieran fuera del campamento y la patrulla se dirigía en dirección opuesta. Si corría rápido y se mantenía en las sombras, no había razón para que la vieran.

No se dio otro momento para cambiar de opinión. Recogió las hojas de milenrama y corrió por el sendero que conducía al fondo del acantilado. Patinando alrededor de la esquina, estuvo a punto de chocar contra las zarzas que protegían el lugar sucio.

Una voz gruñó desde adentro: — ¡Espera tu turno!

Carrasca reprimió una disculpa instintiva y se lanzó alrededor del borde de la barrera. No había ningún gato de guardia ahora que había llegado el amanecer. Dejó caer las hierbas cerca del camino bien escondido entre las espinas. El próximo gato que saliera los encontraría. Pequeña Cereza podría tratarse antes de que el sol saliera más alto.

Cuando escuchó a un gato abriéndose paso entre las zarzas desde el otro lado, Carrasca dio media vuelta y corrió hacia el acantilado. Sus compañeros de clan podrían preguntarse quién había entregado las hierbas de manera tan conveniente, pero con suerte asumirían

que uno de los aprendices las había recogido sin que se lo pidieran. Ningún gato necesitaba saber que Carrasca había regresado para ayudarlos.

No todos los secretos eran terribles.

Capítulo 9

— Pequeña Cereza ha dejado de toser! Rosella parece tan aliviada. Ella estaba jugando con los cachorros esta mañana, enseñándoles cómo saltar sobre una bola de musgo. Recuerdo cuando Esquiruela nos mostró nuestro primer salto... — Carrasca se apagó.

Hojas Caídas estaba sentado junto a ella al borde del río subterráneo, movió una oreja. — Entonces las hojas de milenrama funcionaron — maulló.

— Ellos deben tener.— Carrasca saltó sobre sus patas y lo enfrentó. — ¿Crees que debería tomar un poco más? ¿Qué pasa con la caléndula? O hierbabuena, ¿sabes si crece cerca del túnel del bosque?

— No, no lo sé — respondió Hojas Caídas con un toque de impaciencia. — No necesito hierbas para mí, entonces, ¿por qué iría a buscarlas?

— Pero encontraste consuelda para mí y semillas de amapola — le recordó Carrasca. — Cuando me lastimé la pierna

La punta de la cola de Hojas Caídas se movió. _- Eso fue diferente — murmuró. — Estabas justo en frente de mí. Difícilmente podría dejarte sufrir, ¿verdad?

— ¡Bueno, el Clan del Trueno está justo encima de nuestras cabezas! — replicó Carrasca. — El código guerrero dice que debemos proteger los cachorros de todos los clanes, no solo el nuestro. Si recolectamos hierbas que ayudarán a Pequeña Cereza y Pequeña Topo, la estaríamos ayudando. Solo estamos obedeciendo el código.

— No es mi código — maulló Hojas Caídas, dándose la vuelta. — Buena suerte buscando hierbas si eso es lo que quieres hacer — Caminó por el túnel que conducía de regreso al nido de Carrasca.

Carrasca lo vio desaparecer en las sombras. Se estaba comportando de forma muy extraña. No lo había visto en absoluto durante varios días, y las únicas criaturas que había tenido como compañía eran sus compañeros de clan cuando los espiaba desde lo alto del acantilado. Hojas Caídas nunca compartió su nido ahora, y nunca vino a verla cazar desde la boca del túnel del bosque. ¿Había hecho algo para molestarlo?

Quizás no le gusta el hecho de que paso tanto tiempo en el Clan del Trueno.

El pelaje de Carrasca se erizó por la culpa. Era cierto que regresaba casi todos los días para ver qué estaban haciendo sus compañeros de clan. Los cachorros de Rosella tenían casi seis lunas, por lo que pronto serían aprendices; Carrasca se preguntó qué gatos serían elegidos como sus mentores. Si hubiera estado en el Clan, le hubiera gustado a Pequeña Cereza como aprendiza, con su espíritu y sentido del humor. Pero ella nunca sería una mentora, no ahora.

Dándose una sacudida, Carrasca trotó hacia el túnel del bosque. Necesitaba pescar algo para comer, luego buscaría hierbas frescas. La hoja desnuda estaba en su apogeo, por lo que había pocas hojas verdes en cualquier lugar, pero podría tener suerte en los lugares protegidos debajo de los árboles caídos. Y tal vez podría atrapar algo para Hojas Caídas, para compensarlo por todo el tiempo que había pasado afuera. Nunca antes había compartido carne fresca con ella, pero tal vez nada lo había tentado. Debe haber algún tipo de presa, regordeta de piñas y nueces caídas, entre estos árboles que estaría dispuesto a comer.

Carrasca atrapó una ardilla, suave y suave en su pelaje gris, pero Hojas Caídas no estaba a la vista cuando regresó a los túneles. Carrasca comió sola en la cueva del río, dejando

cuidadosamente la mitad para Hojas Caídas antes de enjuagar su hocico en el agua helada. No había encontrado hierbas frescas para llevar al Clan, así que se dirigió a su nido, sus patas arrastrándose un poco por el cansancio y la decepción. Se acurrucó sobre las plumas y metió la nariz debajo de la cola. Mañana pasaría todo el día con Hojas Caídas, si pudiera encontrarlo, patrullando los túneles hasta donde él quisiera ir.

Ella solo pareció haber cerrado los ojos por un momento antes de que Hojas Caídas la empujara con su pata. — ¡Despierta, Carrasca!

Aturdida, Carrasca se sentó. — ¿Ya amanece? — ella murmuró.

— ¡No! — Hojas Caídas giró en círculos, la impaciencia hizo que su piel se erizara. — ¡Dos de tus compañeros de clan están en los túneles!

Carrasca se despertó al instante. — ¿Qué? ¿Dónde? ¿Quién es?

— ¡No sé! — Hojas Caídas se quebró. — Pero no pueden quedarse aquí abajo. Les dije cómo salir, pero no escucharon y todavía están perdidos. Ve y ayúdalos, ¿quieres? Están lo suficientemente bien como para parlotear como estorninos, así que supongo que no están heridos. — Hojas Caídas comenzó a alejarse. — Solo llévalos a donde pertenecen — maulló por encima del hombro.

Carrasca saltó de su nido y corrió hacia la cueva del río. A pesar del ruido del río, era el mejor lugar para escuchar si había algo en los túneles principales. Se agachó junto al agua y aguzó el oído. Una charla nerviosa y aguda resonaba en uno de los pasillos. Carrasca se levantó de un salto y corrió hacia el sonido, girando con confianza en las esquinas sin necesidad de ver su camino en la oscuridad. De repente las voces sonaron muy cerca. Los gatos estaban justo delante, invisibles en las sombras pero lo suficientemente cerca como para que su olor inundara Carrasca: reconoció a Espinela , la guerrera más nueva, y la hija de Latigo Gris, Floresta.

— Desearía haberle preguntado a ese gato su nombre —murmuró Espinela . — Podríamos llamarlo. — Hubo una pausa antes de que ella añadiera: — Supongo que no habría venido, de todos modos.

¡Debe referirse a Hojas Caídas!

Un suave sonido de raspado sugirió que uno de los gatos se había tirado al suelo. — Lo siento — susurró Floredya, sonando sin aliento y asustado. — Todo esto es mi culpa. Yo era la que quería venir aquí.

— Podría haberte detenido — argumentó Espinela . —

¿Cómo? ¿Colgándome de la cola?

Carrasca admiró el espíritu de Floresta. Ella se preguntó cómo

los gatos habían encontrado su camino hacia los túneles. Por un momento, el impulso de revelarse ante ellos, de reunirse con sus compañeros de clan, fue tan fuerte que le temblaron las piernas.

¡No! ¡Elegiste irte! No hay vuelta atrás, no ahora.

Pero aún podía ayudarlos a encontrar la salida. Ya se habían encontrado con un gato aquí abajo; mientras no se acercaran demasiado, asumirían que él regresaría para ayudarlos por segunda vez. Carrasca se asomó desde su escondite y llamó en voz baja: — ¡Vamos! ¿Que estas esperando?

El aire crujió como si ambos gatos se hubieran tensado por la alarma. Carrasca oyó que Espinela se volvía para mirar por el túnel, pero sabía que las sombras mantendrían su piel oscura oculta a salvo.

— Quieres salir, ¿no? — ella incitó. — Sabes que no deberías estar aquí.
— ¡Oh, sí, por favor ayúdanos! — rogó Floresta.
— Muy bien. Sígueme. — Carrasca se dio la vuelta y corrió por el túnel, juzgando por el sonido de las patas detrás de ella lo rápido que tenía que ir para permanecer fuera de la vista, pero lo suficientemente lento para que los demás pudieran seguirla. Los condujo por una ruta deliberadamente confusa, por pasadizos laterales y, en un momento, cruzaron un túnel por el que ya habían pasado, para disuadir a los gatos de regresar. Uno de los gatos, Carrasca pensó que era Floresta — comenzó a caminar más despacio y su respiración se hizo más fuerte.
— ¿Está mucho más lejos? — Espinela llamó.
Carrasca no respondió. A la vuelta de la siguiente esquina, el túnel descendía abruptamente hasta una antigua trinchera, abandonada hacía mucho tiempo, que se abría a uno de los rincones menos transitados del territorio del Clan del Trueno. Carrasca no tenía dónde esconderse dentro del túnel, por lo que tendría que correr el riesgo de adelantarse a los gatos y esconderse entre la maleza. Corrió los últimos pasos hasta la entrada, luego cruzó el pequeño claro y se abrió paso hasta un grupo de helechos. Volviéndose tan silenciosamente como pudo, esperó, con el corazón desbocado, mientras los dos gatos salían cojeando detrás de ella.
Espinela se detuvo y miró a su alrededor. — ¿A
donde se fué? ella maulló.
Floresta parecía demasiado cansada para hablar. Se arrastró a la intemperie y se derrumbó en un parche de luz solar junto a un tocón de roble.
Muy lentamente, Carrasca se alejó más y más entre los helechos. Se congeló cuando las orejas de Espinela se movieron y pareció mirar directamente a Carrasca.
— ¡Gracias! — Espinela llamó.
Cualquier cosa por mis compañeros de clan, respondió Carrasca en silencio.
Carrasca no volvió a su antiguo hogar durante muchas lunas. Sabía que había lastimado a Hojas Caídas con sus constantes visitas para espiar al hueco, y él se merecía más que eso de ella. Pasaron los días patrullando los túneles en busca de enemigos invisibles y acechando junto al río a los pececillos que pasaban. Carrasca se dijo que si hablaban menos sobre lo que había sucedido en el pasado o lo que les esperaba en el futuro, era porque ahora se sentían más cómodos con el silencio, como un par de ancianos que disfrutan de una vida más tranquila y fácil. Todavía cazaba en el bosque cuando no podía soportar comer otro pez, pero Hojas Caídas no miraba desde la boca del túnel, ni comentaba cuando regresaba oliendo a sangre.
Carrasca nunca volvió a intentar atrapar algo para él, ya que él no había tocado la media ardilla que ella le había dejado la noche en que Espinela y Floresta se perdieron. Hojas Caídas no estaba débil por el hambre, por lo que obviamente prefería comer en privado. Era un recordatorio más de que él no era un gato del Clan, pero Cararsca había decidido no vivir como guerrera, ¿no? Ella y Hojas Caidas tenían más en común que el techo de piedra sobre sus cabezas.
La hoja desnuda cedió al calor decidido de la hoja nueva, y luego la hoja verde se deslizó en el bosque para dejar rastros de tentadores olores de presa y olores húmedos y verdes. Carrasca empezó a pasar más tiempo al aire libre, corriendo entre los árboles con los bigotes temblando por todas las fragancias, o tumbada en la pradera abierta para dejar que el sol

calentara su pelaje. Los días se hicieron más calurosos hasta que anheló caminar junto al lago y dejar que las olas le bañaran las patas. Las laderas superiores de la cresta eran su lugar favorito para refrescarse con la suave brisa, hasta que un día se desvió demasiado cerca de la frontera del Clan del Viento y casi choca con una patrulla. Volvió a la carrera por la cima de la colina y se zambulló entre los árboles, jadeando de miedo.

Cuando su corazón se hubo calmado, emprendió el camino de regreso al túnel del bosque, manteniéndose en las sombras en caso de que algún guerrero del Clan del Viento hubiera venido en busca del extraño en su territorio. Carrasca esperaba que no acusaran al Clan del Trueno de allanamiento. Ya había habido suficientes problemas entre los dos clanes desde que llegaron al lago, a pesar de que los ancianos hablaron de un tiempo en que Estrella de Fuego y Estrella de Bigotes habían sido buenos amigos a través de la división de clanes. Carrasca se preguntó cómo estaban lidiando los gatos del Clan del Trueno con el clima abrasador. ¿Estaban los aprendices trabajando en el musgo a tiempo completo, trayendo agua del lago? ¿Había ordenado Zarsoso patrullas de caza al anochecer para evitar lo peor del calor?

El túnel del bosque apareció frente a ella, pero Carrasca se detuvo. Más fuerte que el sol, ardía por saber cómo estaban sus compañeros de clan. Casi sin pensarlo, dio la vuelta a la entrada del túnel y subió por la pendiente. Los árboles crecían todo el camino hasta la cima de la cresta aquí y por el otro lado, brindando cobertura hasta la frontera del Clan del Trueno. De hecho, Carrrasca casi se lo pierde por completo, hasta que percibió el leve olor de una marca de borde en un tocón de árbol cubierto de musgo. Los marcadores se secaban rápido al sol y necesitaban ser reemplazados más de una vez al día. Controlando su paso, se deslizó a través de los helechos hacia el hueco.

Un tenue y tentador olor a presa se deslizó hacia ella. Carrasca separó los tallos frente a ella con una pata y vio el suave contorno marrón de un conejo mordisqueando un grupo de plantas verdes. A Carrasca se le hizo agua la boca, pero sabía que no había forma de que pudiera cazar aquí. Estaba a punto de darse la vuelta y dejar este regalo regordete para la próxima patrulla cuando reconoció el olor de las plantas que el conejo estaba devorando. ¡Maravilla! Precioso para curar heridas y mantener limpios los rasguños, y raro tan cerca del hueco. Carrasca no podía dejar que el conejo se comiera toda la cosecha. Saltó hacia adelante, siseando y enseñando los dientes. El conejo se congeló, luego se alejó corriendo, su cola blanca que se balanceaba señalando una advertencia a través de los árboles.

Carrasca luchó contra su instinto de perseguirlo y se concentró en las caléndulas. Casi todos ellos habían sido comidos hasta las raíces. Carrasca no podía quedarse aquí y cuidarlos, y el conejo regresaría para acabar con ellos tan pronto como ella se fuera. Tenía que encontrar una manera de mantener a salvo las últimas plantas. Mirando a su alrededor, vio una hendidura profunda entre la rama y el tronco de un árbol cercano, no demasiado lejos del suelo para que no pudiera ser visto por un gato que pasaba, pero demasiado alto para que un conejo la alcanzara. Rápidamente cortó las flores restantes lo más cerca posible del suelo. Con la boca llena de tallos jugosos, trepó al árbol y colocó las flores en la hendidura.

Ella entrecerró los ojos, pensando. Con este sol, las plantas pronto se marchitarían. Necesitaban agua para mantenerse frescos. Hollyleaf saltó del árbol y se detuvo un momento para escuchar a las patrullas que se acercaban, luego partió por el bosque hacia la frontera con el Clan del Viento. Allí, empapó una bola de musgo en el arroyo y la llevó con cuidado de regreso al sembradío de caléndulas. Cuando

volvió a trepar por el tronco, el agua goteaba sobre su pecho y el pelaje del vientre, haciéndola jadear en estado de shock. Pero el musgo retuvo lo suficiente como para llenar la hendidura con un pequeño charco, que mantendría húmedos los tallos de caléndula hasta que Hojarasca Acuática o Glayo vinieran en busca de más suministros.

Carrasca saltó al suelo, se detuvo una vez para comprobar que las caléndulas estaban a salvo en su escondite y volvió corriendo al túnel. Puede que ya no sea parte del Clan del Trueno, pero si pudiera ayudarlos, lo haría.

Toda esa noche, Carrasca no pudo dormir por pensar en las plantas de caléndula. ¿Los había encontrado Hojarasca Acuática? ¿Sería capaz el Clan de proteger el resto del parche del conejo? Después de dos amaneceres más ansiosos, decidió regresar y ver si las plantas habían sido sacadas de la hendidura del árbol. Corrió a lo largo del túnel del bosque, sintiéndose mareada por el nerviosismo. Más allá de la entrada, los árboles estaban tranquilos y llenos de hojas verdes, con solo una ligera brisa para agitar las hojas. Carrasca se mantuvo alejada de los senderos mientras se abría paso entre los helechos hasta el lugar donde crecía la caléndula. De repente oyó voces que venían hacia ella, jóvenes y excitadas.

— ¡Cuidado con esto, Zarpa de Topo!

Carrasca caminó hasta el borde de los quebradizos helechos y se asomó. Una pequeña gata pelirroja estaba agachada con la cola alzada.

— ¡Voy a atacar ese palo! — ella declaró.

— No olvides que se supone que debes cerrar un ojo, Zarpa de Cereza — maulló el macho crema y marrón. — Centella dijo que necesitábamos practicar todos los movimientos como si estuviéramos lesionados.

Carrasca dejó escapar un ronroneo. Recordó haber sido entrenada por Centenlla en movimientos especialmente diseñados para hacer frente a la pérdida de la vista de un lado. Estudió la posición de Zarpa de Cereza. No lo estaba haciendo tan mal, aunque necesitaba cambiar su peso sobre las patas del lado de su ojo bueno para mejorar su equilibrio.

De repente, la nariz de Carrasca se crispó. Un nuevo olor se había filtrado en los helechos, por encima del de los cálidos aprendices jóvenes y verdes hojas. Un olor que hizo que el pelaje de Hollyleaf se erizara y sus garras se extendieran: ¡zorro! Antes de que ella pudiera llamar a un advirtiendo, una enorme forma rojiza salió de entre los árboles y se cernió sobre los aprendices. Carrasca se preparó para saltar, pero Centella, Raposo y Rosada ya se estaban lanzando desde los arbustos al otro lado del claro.

Los tres guerreros corrieron hacia el zorro mostrando los dientes. — ¡Sal de aquí!" chilló Rosada.

El zorro sacudió la cabeza hacia arriba, sus ojos se abrieron alarmados. Le lanzó un mordisco a Raposo, que estaba más cerca, pero el guerrero de pelaje rojizo se agachó y atacó al zorro por detrás, clavándole las garras en el flanco. Centella se arrojó sobre la oreja del zorro y se quedó allí con los dientes apretados. Rosada agitó sus patas en su nariz, enviando gotas escarlatas de sangre volando sobre la hierba. El zorro forcejeó brevemente, luego se dio la vuelta, arrojó a Centella contra los helechos y corrió hacia los árboles. Los guerreros corrieron tras él, todavía aullando.

Carrasca se quedó donde estaba, sin apenas atreverse a respirar. Los helechos habían sido aplastados en la pelea, y apenas quedaba lo suficiente en pie para mantenerla escondida. Durante la pelea, Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo habían huido al refugio de un matorral de zarzas al otro lado del claro. Carrasca apenas podía verlos en las sombras, agazapados en un

grupo de tres colores. Al menos estaban a salvo. Tenía que salir de aquí antes de que los guerreros regresaran y captaran su olor además del del zorro.

Justo cuando se dio la vuelta para irse, los helechos tintinearon y el zorro saltó hacia el claro. Baba se derramó de sus fauces y sus ojos amarillos brillaron con furia y determinación. Carrasca lo miró fijamente consternada. ¡Debe haber retrocedido y perdido a sus perseguidores! El zorro bajó la cabeza y olfateó el trozo de hierba donde los aprendices habían estado entrenando. Luego miró hacia el matorral de zarzas, con las orejas achatadas. Se oyó un leve chirrido de las espinas, cortado abruptamente como si Zarpa de Cereza hubiera gimoteado y Topo le hubiera metido la pata en la boca.

Carrasca reunió sus ancas debajo de ella y salió de su escondite. — ¡Aléjate de esos cachorros! — ella siseó. — ¡O tendrás que lidiar conmigo!" — Se levantó sobre sus patas traseras y pasó sus garras por el hocico salpicado de sangre del zorro.

El zorro la fulminó con la mirada y frunció el labio para revelar dientes afilados y manchados. Carrasca se mantuvo firme. — ¡Sal de aquí! — escupió, sintiendo la furia de todo un Clan de reinas listas para defender a sus crías.

A lo lejos, podía oír a los guerreros que regresaban, aporreando los árboles con gritos de alarma. El zorro se agachó a un lado, luego dio media vuelta y huyó. Carrasca la siguió, el alivio haciendo que le zumbaran los oídos. Se zambulló en la maleza y siguió corriendo, aplanando una oreja hacia atrás en busca de señales de persecución. Pero los guerreros se habían quedado con Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo y no volvieron a perseguir al zorro. Por un momento, Carrasca se preguntó cuánto habrían visto Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo desde debajo de la espesura; ¿Les contarían a sus compañeros de clan sobre el extraño gato que había ahuyentado al zorro? Carrasca sabía que había corrido un gran riesgo, pero no había tenido elección. Ella había salvado la vida de esos cachorros, y eso era todo lo que importaba.

Capítulo 10

Carrasca dejó de intentar dormir y salió de entre las plumas arrugadas. No podía recordar la última vez que sus ojos habían permanecido cerrados toda la noche. Cuando se había quedado dormida antes, soñó que estaba de vuelta en el hueco, defendiendo a sus compañeros de clan de los zorros, ayudándolos a recolectar hierbas, mirando a los cachorros jugar bajo el sol. Solo tomó unos momentos antes de que se despertara en la oscuridad solitaria, con un dolor agudo dentro de ella que los recuerdos nunca aliviarían.

Caminó por el túnel hasta la cueva del río con una extraña sensación de calma. Hojas Caídas estaba sentado en su lugar habitual junto al agua. Carrasca se acomodó junto a él y esperó hasta que la miró a los ojos.

— Lo siento — comenzó. — Nunca olvidaré cómo me salvaste la vida y me diste un lugar donde quedarme cuando pensé que lo había perdido todo. Has sido un verdadero amigo, y siempre te estaré agradecido por eso. Pero yo no pertenezco aquí.

— Lo sé — maulló Hojas Caídas. _- Siempre esperé que te quedaras. Yo... nunca tuve a alguien con quien compartir mi casa antes. Pero tu Clan te necesita más que yo. Debes darte cuenta de eso ahora.

Carrasca asintió, mirando sus patas. — Y los necesito. ¡Pero no sé cómo volver! ¡Han pasado tantas cosas!

— Cuando llegue el momento, lo sabrás — susurró Hojas Caídas, y cuando Carrasca levantó la cabeza, él había desaparecido y ella estaba sola junto al agua ondulante.

Pasó una luna. Carrasca estaba incluso más inquieta que de costumbre, entrando sigilosamente en el territorio del Clan del Trueno todos los días antes del amanecer, pero siempre evitando presentarse en el hueco. No podía imaginar lo que diría o cómo reaccionarían los gatos. En la noche de luna llena, subió a la cresta y miró hacia la isla en el lago, imaginando a los cuatro clanes reunidos allí. ¿Se acordaban siquiera de ella? De repente llena de dudas, Carrasca regresó a los túneles y se acurrucó en su nido, solo para soñar que estaba en una reunión rodeada de gatos burlones y desdeñosos que querían saber por qué un solitario pedía unirse a los clanes. Carrasca se despertó sobresaltada, temblando. Todavía era una guerrera, ¿no?

Después de eso, permaneció dentro de los túneles durante varios días, comiendo pescado y patrullando interminables pasadizos de piedra hasta que sus patas se volvieron tan ásperas como la corteza de un árbol. Hojas Caídas le había dicho que sabría cuándo era el momento de regresar. Esperaba que él tuviera razón y que la oportunidad no se le hubiera escapado.

Estaba terminando una comida tardía de pececillos cuando oyó suaves pasos de patas detrás de ella y se volvió para ver a Hojas Caídas entrando en la cueva del río. Carrasca no lo había visto por un tiempo, y saltó sobre sus patas con entusiasmo. — ¡Oye! ¿Dónde has estado?

Hojas Caídas levantó la cola para silenciarla. — Hay gatos en los túneles. Algo malo está pasando. — Dio media vuelta y se dirigió al túnel que finalmente conducía al páramo. Carrasca lo siguió, corriendo para mantenerse al día. Apenas habían dejado la tenue luz de la cueva del río cuando oyó voces resonando en la oscuridad. No los gatos del Clan del Trueno

esta vez, pero el Clan del Viento, y otra voz que reconoció, un macho que habló más fuerte que los demás en un estruendo profundo que sonó como un trueno cuando resonó en la piedra. ¡Sol! En un instante, Carrasca recordó al gato de carey y blanco que había causado tantos problemas antes, prediciendo la desaparición del sol y tratando de persuadir a Estrella Negra para que le diera la espalda a sus antepasados guerreros. ¿Qué está haciendo aquí atrás?

Frente a ella, Hojas Caídas se detuvo. La conversación viajó claramente a lo largo del túnel.

— ¡Esta es tu oportunidad para la verdadera gloria! — decía Sol. — Estrella de Bigotes puede querer la paz, ¡pero eso es una señal de debilidad! ¡Ataca al Clan del Trueno a través de los túneles y la victoria será fácil sobre esos idiotas come-ratones!"

— ¡Sol tiene razón! — llamo a otro gato; Carrasca estaba segura de que era Bigotes de Búho. — Hemos escuchado a Estrella de Bigotes durante demasiado tiempo. ¡Debería dejarnos luchar ahora, hacer aquello para lo que nos hemos entrenado y enseñar a esos gatos del Clan del Trueno que somos más fuertes de lo que creen!

Hubo un coro de aullidos de acuerdo. El pelaje de Carrasca se puso de punta. ¡Sus compañeros de clan iban a ser atacados! ¡Ella no podía permitir que esto sucediera! A su lado, Hojas Caídas se puso rígido. — Hay otros gatos aquí abajo — susurró en el oído de Carrasca.

Con mucho cuidado, se volvió y olfateó el aire. Dos gatos del Clan del Trueno estaban parados en un túnel lateral, a la vuelta de la esquina. Carrasca inhaló de nuevo hasta que pudo identificar los olores: Espinela y su hermana,

Ala de Tortola. Empezó a caminar hacia ellos, luego se detuvo cuando hubo un siseo de los gatos del Clan del Viento.

— ¿Alguien escuchó un ruido? — gruñó un guerrero.

Hojas Caídas acercó su boca a la oreja de Carrasca. — Tienes que sacarlos de aquí. Todo tu Clan te necesita ahora. Si el clan del viento va a atacar a través de los túneles, eres el único que puede ayudarlos.

Carrasca miró a su amigo. — Es hora, ¿no? — ella maulló suavemente.

Hojas Caídas asintió.

— Ve bien — murmuró. — Nunca te olvidaré, Carrasca.

En ese momento, hubo un crujido desde el túnel lateral, nada más que un guijarro deslizándose debajo de una pata, pero resonó y se magnificó por las paredes de piedra hasta que sonó tan fuerte como un trueno.

— ¿Qué fue eso? — Bigote de búho gruñó. — ¿Algún gato nos está escuchando a escondidas?

Carrasca comenzó a arrastrarse hacia las sombras más espesas donde se escondían sus compañeros de clan.

— ¡Sácanos de aquí! — escuchó susurrar a Espinela .

— Seguí las voces para llegar aquí — respondió Ala de Tortola. — No estoy segura de la salida".

Detrás de ella, Carrasca oyó moverse a los gatos del Clan del Viento. Parecía que más de uno venía a investigar.

Espinela también los había oído. — ¡Vienen a buscarnos! Tenemos que irnos." No había

tiempo para sacar a estos gatos de la seguridad de las sombras. Carrasca tendría que mostrarse ante ellos, hacerles saber que era una gata en la que se podía confiar. Ella respiró hondo. Todas las lunas de esconderse, tratando de olvidar que alguna vez había

pertenecido a un Clan, parecieron desvanecerse en un solo latido. La sangre de un guerrero fluía por sus venas. Nada era más importante que la lealtad a su Clan.

Entró en el túnel lateral y sintió el cosquilleo del aire cuando Ala de Tortola y Espinela se tensaron, listos para defenderse.

— Ven conmigo — ordenó en la oscuridad. — ¡Rápido!

— ¡De ninguna manera! — Espinela siseó. — Podrías estar con ellos. — No lo

soy — maulló Carrasca, tratando de mantener la voz tranquila.

— Demuéstralo — desafió Ala de Tortola.

— No debería tener que hacerlo — espetó Carrasca. ¿No reconocieron estos gatos el olor del Clan del Trueno cuando estaba frente a ellos? — Por el bien del Clan Estelar, vámonos".

En el más tenue brillo de la luz de las estrellas que se filtraba desde la cueva del río, Carrasca vio que los ojos de Espinela se agrandaban cuando intercambiaba una mirada con su hermana. "

— ¿Clan Estelar? — repitió Espinela . — Entonces tú-—

¿Quieres salir de aquí o no? — interrumpió Carrasca.

— Sí, lo hacemos — espetó Espinela . — Pero, ¿cómo sabemos que no nos guiará más adentro?

Carrasca dejó escapar un siseo de frustración. ¿No podrían haber esperado estas preguntas? Y, sin embargo, tal vez no era sorprendente que estos jóvenes gatos no tuvieran idea de quién era ella. Iba a ser una extraña para muchos de sus compañeros de clan después de estar fuera tanto tiempo.

— Porque soy un gato del Clan del Trueno como tú — maulló, alzando la voz por encima de los latidos de su corazón. — Mi nombre es Carrasca**.**